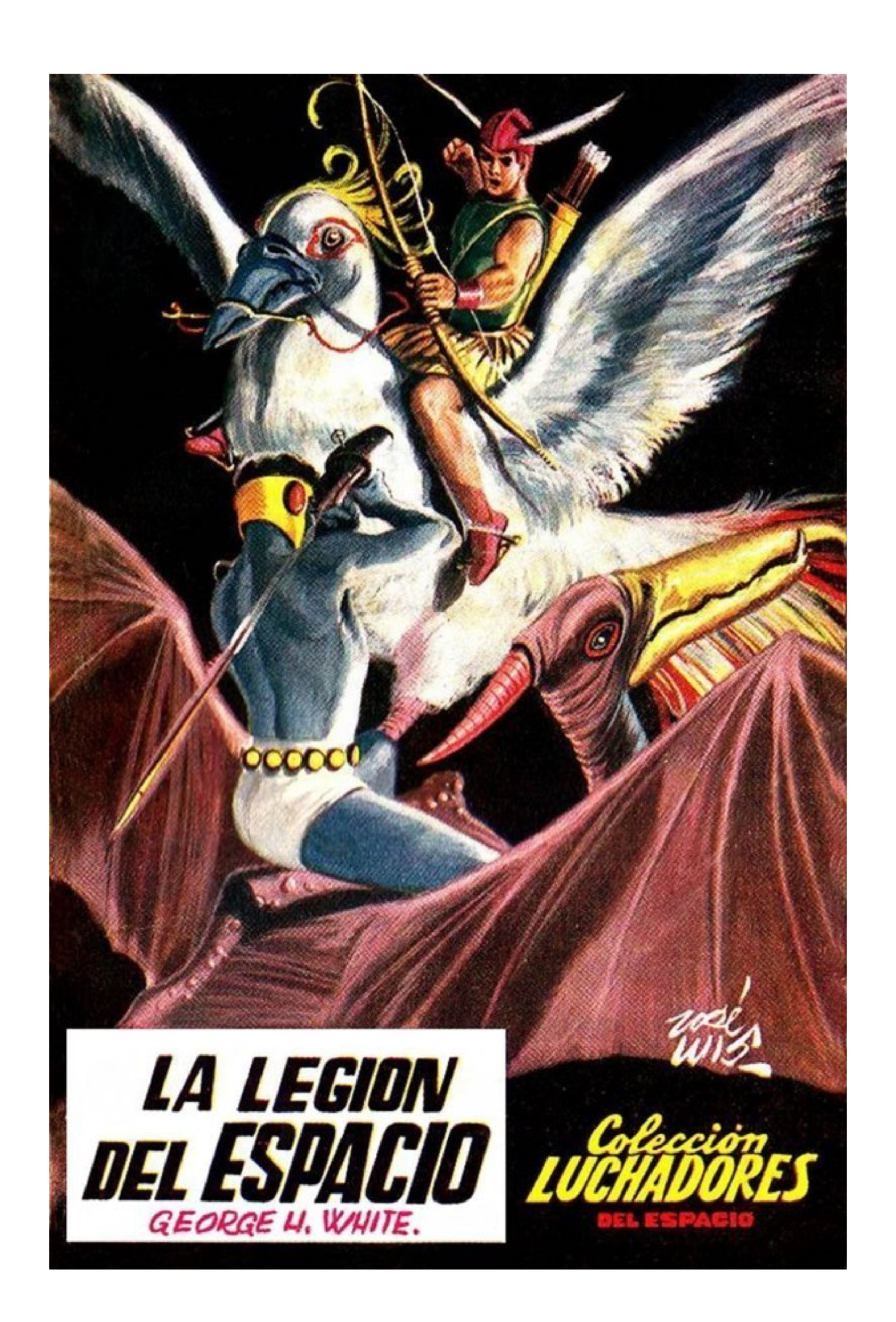

José Luis
LA LEGION DEL ESPACIO
GEORGE H. WHITE.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

LA LEGIÓN DEL ESPACIO

Heredó Un Mundo Nº3

Título Original: *La Legión Del Espacio*

Colección: Luchadores Del Espacio 73
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.72

LA LEGIÓN DEL ESPACIO



PERSONAJES

MISTER WILLIAMS PEACE. Filántropo y archimillonario yanqui.

ERLE RAYMER. Joven sobrino del anterior.

MISS MILDRED HARLOW. Novia de Erle Raymer.

MRS. ARONSON. Dinámica y rolliza viuda de Aronson.

MRS. WHITNEY. Joven y linda mujer del capitán

Whitney.

PROFESOR HAGERMAN. Bioquímico norteamericano.

MCALLISTER. Ingeniero mecánico.

MCDERMIT. Ingeniero electricista.

HERNÁNDEZ. Vaquero mejicano al servicio de mister Peace.

RAMÍREZ. Igualmente mejicano y al servicio del mismo.

JOHN WATSON. Flemático ayuda de cámara de mister Peace.

TONY MILLS. Viejo vagabundo, amigo de Erle Raymer.

DUIBO. Joven Príncipe del Imperio Uchime.

ZURK. Joven yaartita, amigo de Erle Raymer.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPÍTULO I

Cómodamente repantigado sobre los cojines de su real barquilla, el príncipe Duibo dejaba caer su grave mirada sobre la dilatada selva que iba deslizándose rápidamente bajo sus pies. Ahora, Duibo se sentía satisfecho. La parte peor de su larga y azarosa expedición quedaba atrás junto con la elevada cordillera de montañas que formaba una frontera natural entre el gran imperio de su padre y el país de los obitas

No en vano eran tan escasas las relaciones entre los obitas y el gran imperio Uchime. Las cimas de las montañas que había de salvar eran tan altas, que ningún pájaro podía volar sobre ellas.

Para llegar hasta el país de los obitas había que utilizar un largo y tortuoso paso entre las montañas, paso constantemente batido por furiosos vientos huracanados que había que salvar andando penosamente sobre la nieve, ya que el viento impedía volar a las grandes y multicolores «muscaris», que constituían la caballería aérea del imperio. Ahora bien; las «muscaris» eran aves frioleras y muy torpes cuando se valían de sus patas, razón por la cual había visto el príncipe considerablemente mermadas sus fuerzas al pasar entre las montañas.

Por fortuna, todo quedaba atrás y la fuerza aérea volaba ahora desplegada a derecha e izquierda de la barquilla imperial, precedida por una centuria de jinetes exploradores que se divisaban en lontananza medio velado por la atmósfera saturada de vapor de agua.

Duibo, naturalmente, se sentía orgulloso de su fuerza. Dos mil jinetes, de los dos mil quinientos que iniciaron el viaje, volaban a su alrededor erguidos sobre los cuellos largos y elegantes de sus

grandes, resistentes y hermosos «muscaris». Cada jinete embrazaba redondo y relumbrante escudo. Las lanzas enhiestas hacían flamear al viento las banderolas del extremo de las astas. Era una lástima que el exceso de vapor de agua de la atmósfera del país de los obitas empañara el centelleo de los alados cascos de los guerreros. Mas así y todo, la tropa constituía un cortejo brillante, digno de la categoría del personaje que escoltaba, aunque seguramente excesivo para el objeto que se perseguía.

Algunas semanas atrás se habían recibido en la capital imperial, informes confusos procedentes del otro lado de la frontera septentrional, en el sentido que unos extranjeros, llegados nadie sabía de dónde, se habían establecido en el país de los obitas y estaban haciendo un montón de cosas raras.

Los obitas, al parecer, tenían la pretensión de haber sido favorecidos con la particular bondad de Cirón, padre de todos los dioses, el cual les había mandado algunos dioses menores para ayudarles a salir de una vez de su ancestral miseria. Los uchimes, naturalmente, no podían creer que Cirón ni ningún otro dios se hubiera dignado posar sus ojos sobre aquel pueblo miserable, brutal y atrasado, que constituían los obitas. No obstante, el Emperador, padre del príncipe Duibo, estimó que valdría la pena investigar lo que de extraño estaba ocurriendo allende las montañas, y como no era hombre a quien gustara permanecer en la duda, mandó a su propio hijo a tan remoto país para que averiguase qué había de cierto en aquellos rumores tan persistentes.

Así fue como Duibo, después de viajar a todo lo ancho del vasto imperio de su padre y las duras jornadas del paso de las montañas, se encontraba hoy ya en el país de los obitas, surcando el espacio en dirección norte en busca de Yaart. El príncipe se incorporó de sus cojines cuando Yaart asomó en lontananza encaramada sobre una eminencia.

La barquilla imperial experimentó una ligera sacudida cuando la media docena de «muscaris» que la remolcaban empezaron a descender en vuelo planeado. Duibo se sentía tan orgulloso de su navecilla, como de la aguerrida fuerza que la escoltaba. Incluso en Uchime, donde la gente poseía cierta cultura, causaba sensación este artefacto de alas rígidas que, semejante por su aspecto a un

gigantesco «muscari», se sostenía en el aire con firmeza y se desplazaba en el espacio con una majestad muy a tono con el carácter de los personajes para quienes fue construida.

La navecilla era una de las más recientes creaciones de los ingenieros imperiales y se fundaba en los principios sustentadores de los cometas que desde años atrás servían de juguete a los niños de Uchime. Un ligero armazón de alambre y bambú, recubierto de tela embreada y pequeñas plumas, imitaba las formas de un «muscari» con sus grandes alas desplegadas. Entre las alas y medio ocupando el cuerpo hueco del gigantesco pajarraco, iban los tripulantes, protegidos del viento y la lluvia por un quiosco de cúpula dorada provisto de cortinillas.

La creación del gran pájaro no había sido posible hasta que sus inventores, después de muchos fracasos estrepitosos, descubrieron un medio de dominarlo haciendo orientable su grande y vistosa cola, de tal suerte que pudiera seguir las evoluciones de las aves que lo remolcaban mediante cuerdas. El conductor iba montado a horcajadas sobre el cuello del pájaro empuñando las riendas que mandaban el timón de cola.

Echando una ojeada desde el aire a la ciudad, Duibo descubrió algo extraño. Yaart, por todas las trazas, era una ciudad desierta. La mayoría de sus casucas estaban derruidas, borrado el trazado de muchas de sus inmundas callejas. La fértil vega que rodeaba a la ciudad había sido abandonada a tal extremo, que la selva que antes poseyó, volvía por sus fueros avanzando triunfal por las tierras que le arrebató el hombre.

La navecilla imperial se quedó dando vueltas sobre la semiderruída Yaart, en tanto un destacamento descendía para inquirir noticias. Duibo, reclinado sobre un codo les vio posarse en las ruinas, abandonar sus monturas y andar de un lado a otro hasta que se reunieron y volvieron a levantar el vuelo.

Poco después el capitán Olaf acercaba su «muscari» a la nave imperial y gritaba:

—La ciudad lleva por lo menos un par de años abandonada, señor. No hemos encontrado a nadie. Solamente muchos esqueletos de hombres-insecto.

Duibo señaló hacia el norte. La fuerza volvió a formar y reanudó la marcha.

Ahora el príncipe estaba pensativo. Según los rumores llegados hasta el territorio Uchime, los dioses enviados en ayuda de los salvajes obitas habían infligido un duro castigo a los hombres-insecto. El hallazgo de los esqueletos de éstos en Yaart parecía venir en apoyo de aquella fantástica historia aunque, bien mirado, también podía significar que los obitas de Yaart se defendieron como bravos, e hicieron morder el polvo a gran número de hombres-insecto antes que éstos les arrollaran y acabaran devorándolos a todos.

¡Los hombres-insecto! Duibo se estremeció al pensar en estos seres de pesadilla, especie de hormigas gigantes, que andaban derechos como los hombres a quienes se atribuía una inteligencia casi humana.

Uchime, separada del territorio de los obitas por una infranqueable cadena de montañas, jamás había visto sus tierras invadidas por las hordas de aquellos voraces insectos. Éstos eran oriundos de las tierras tropicales del norte e incluso el país de los obitas era demasiado frío para ellos y para la raza de gigantescos saltamontes que montaban, sólo en los cortos meses de verano —y no todos los veranos— se atrevían los hombres-insecto a visitar el país de los obitas. Pero jamás habían traspuesto las nevadas cumbres de la frontera Uchime y, caso de hacerlo, hubieran encontrado allí un eficiente ejército montado en «muscaris» que les hubiera quitado las ganas de volver.

Volando sobre la inmensa selva, los exploradores uchimes no tardaron en divisar otra ciudad que aparecía aún más completamente arrasada que la anterior. Una somera investigación demostró que no se encontraba entre las ruinas alma viviente alguna capaz de indicar dónde podría hallarse a los supuestos enviados del dios Girón.

Temiendo haber sido víctima de una falsa noticia, el príncipe Duibo hizo señas para que se continuara el vuelo. El río que habían venido siguiendo desde el pie de las montañas se ensanchaba considerablemente a partir de la segunda ciudad derruida. La primera señal de vida cobró la forma de una balsa de troncos que navegaba lentamente a favor de la corriente.

El capitán Olaf preguntó a Duibo si quería que alguien bajara a interrogar a los ocupantes de la balsa, pero el príncipe negó con la

cabeza, señalando una gran ciudad que se divisaba entre la bruma, a orillas de un gran lago.

La fuerza uchime siguió volando sobre el río y poco después se divisaba una nube de «dragos» que venían batiendo pesadamente sus membranosas alas en dirección a los viajeros.

Duibo se quedó mirando a los «dragos» con más curiosidad que temor. Para un uchime el aspecto de los grandes y grotescos «dragos» era sencillamente ridículo. Estos animales de alas de murciélago carecían de plumas. Su piel tenía un color gris oscuro muy desagradable. Carecían de cola y tenían unos cuellos desmesuradamente largos, rematados por unas cabezas enormes con unas mandíbulas tremendas, armadas de dientes. En el extremo de las alas los «dragos» tenían sendas y poderosas garras. Cuando volaban, batiendo cansinamente sus oscuras y membranosas alas, los «dragos» dejaban colgar sus largas patas que el viento echaba hacia atrás.

Duibo contempló sonriendo aquellos grotescos animales y luego se volvió a mirar con orgullo las «muscaris» de su propia fuerza. Éstas eran aves auténticas, recubiertas de suave y bello plumaje, larga y elegante cola, cuello bien proporcionado y pico corto armado de dientes. Las «muscaris» eran bestias hermosas, de alas gigantescas y potentes, constituidas para volar y no para danzar pesadamente en el aire como los «dragos» de los salvajes obitas.

De haberlo querido, a Duibo le hubiera bastado hacer una seña a sus hombres para que las «muscaris» se elevaran a una altura a donde jamás podrían seguirle los torpes y lentos «dragos». Las «muscari» eran de cuantas se conocían, el ave que más alto podía subir. Y eran tan resistentes que podían estar volando todo un día y una noche sin dar muestras de fatiga. Tal era su habilidad, que con las alas desplegadas y buscando las corrientes de aire ascensionales, podía pasarse horas y horas planeando sin dar un solo aletazo.

Duibo supuso que los obitas conocerían, al menos de oídas, la aplastante superioridad de las «muscaris», y que no intentarían entablar combate.

Los obitas en efecto conocían bien las cualidades de las «muscaris» porque también en su país las había, aunque ellos jamás las pudieron domesticar. Sus intenciones, según Duibo dedujo de sus movimientos, eran francamente pacíficas.

El capitán Olaf permitió que uno de los indígenas penetrara en su formación y habló a gritos con el obita mientras el resto de los «dragos», cerca de un millar, daba la vuelta y precedía a la formación uchime en dirección al gran lago y la populosa ciudad enclavada a orillas de éste.

Poco después Olaf acercaba cuanto podía su «muscari» a la navecilla imperial y gritó.

—Los obitas dicen que los magos extranjeros se encuentran en esa ciudad llamada «Nueva América» o algo parecido, majestad. Nos invitan a bajar.

—Nueva América… Nueva América —murmuró el príncipe Duibo repitiendo aquellas palabras que sonaban extrañas, sin significado para su oído. E hizo señas a Olaf indicándole que iban a bajar.

Duibo vio la mueca de desaprobación de su oficial, pero no hizo caso de ella. Su curiosidad e impaciencia por conocer a los «magos extranjeros» aumentaba ahora que empezaba a encontrar señales de su dudosa existencia.

La navecilla descendía describiendo un amplio círculo en pos de las aves que la remolcaban. Desde las alturas, el príncipe contempló lleno de sorpresa la extraña ciudad, tendida a sus pies. Ésta no se parecía a ninguna de las vistas por Duibo, y era desde luego muy distinta de Selkiri, la capital del imperio de su padre.

En primer lugar «Nueva América» —¡qué nombre más extraño! — carecía de murallas. Sus calles tiradas a cordel eran incluso más anchas que la principal vía de Selkiri por donde se realizaban los vistosos desfiles de las fuerzas uchimes. Y en cuanto a las casas… ¡ah, las casas!

Había allí de todo: casitas de una sola planta con muros de ladrillo y techos de tejas rojas, de construcción extraña y exótica, junto a cabañas de troncos y chozas de barro y de ramas. Las casas, cualquiera que fuese su modelo, no estaban juntas y apiñadas como en todas las ciudades del mundo[1]. Cada edificio se alzaba aislado en medio de un cuadrilátero de terreno, de tal forma, que la ciudad se desparramaba alrededor del lago cubriendo una considerable extensión de terreno.

En torno al lago, o sea a la ciudad, la selva había sido obligada a retroceder hasta el neblinoso horizonte y su lugar estaba ocupado

por verdes y bien cuidados cultivos, formando parcelas tan grandes que era a todas luces imposible que ninguna de ellas estuviera al cuidado de una familia, ni siquiera de una tribu sola.

—Los obitas deben cultivar esos sembrados tan enormes en comunidad —se dijo el príncipe.

Pero toda su atención fue inmediatamente atraída por un extraño barco que estaba enclavado en el lago, no lejos de un muelle formado de una plataforma de troncos que avanzaba hasta aguas más profundas sostenida por estacas.

¿Era aquel barco obra de los enviados del dios Cirón?

De ser así habría que admitir que los dioses, en sus concepciones terrenas, se valían de modelos distintos a los utilizados por las criaturas mortales. Aquel barco no era mucho mayor que las galeras uchimes, pero su aspecto era sencillamente indescriptible para el confuso príncipe Duibo.

Ahora la maniobra de descenso acaparó toda la atención del príncipe. Dos «muscaris» especialmente adiestradas volaban sobre la cabeza de Duibo. Cada jinete de las dos «muscaris» lanzó un cabo que el príncipe tomó y amarró a sendas fuertes anillas laterales situadas algo atrás. Cuatro de las seis aves que remolcaban el artefacto fueron desenganchadas por el conductor y las dos restantes se elevaron para ponerse a la altura de las otras dos. Así el pájaro de alambre, bambú y lona quedó suspendido a plomo de los cuatro cables.

Batiendo apresuradamente sus fuertes alas las cuatro «muscaris» descendieron verticalmente hasta que la navecilla chocó blandamente contra el suelo. Entonces las «muscaris» se dejaron caer a plomo en tierra y un grupo de hombres corrió a sujetarlas para que ninguna de ellas se espantara por cualquier causa y volcara o estropeara la frágil navecilla.

El capitán Olaf corrió a apartar las cortinillas de la litera y saludó reverente cuando el príncipe saltó a tierra.

Duibo irguió su atlética figura en un disimulado desperezo. No sólo era alto, sino fuerte y armoniosamente proporcionado. Sus grandes e inteligentes ojos miraron en derredor llenos de curiosidad. Había venido a aterrizar en una franja de arena contigua a las rojizas aguas del lago. La playa, aunque grande, estaba ahora totalmente ocupada por las «muscari» y sus jinetes. La

playa ascendía con suavidad y en el punto más alto de ésta se veía una apretada fila de feroces obitas que les contemplaban haciendo muecas.

Olaf, siempre precavido, había dejado la mitad de la fuerza describiendo círculos sobre el lago, de manera que pudiera acudir en auxilio del príncipe si el recibimiento no era tan amistoso como éste esperaba.

En tierra firme las fuerzas uchime armaban un tremendo estrépito. Las ««muscari» aleteaban y lanzaban sus roncos graznidos. Sus jinetes les apaciguaban con gritos y voces, y por encima de este barullo se escuchaba el metálico golpear de las armas y escudos de cobre.

De pronto, elevándose sobre este ruido tan familiar a los oídos de Duibo, se escuchó un extraño, taladrante y sobrenatural alarido.

Se trataba de un gemido ululante, como el príncipe no lo había escuchado nunca. Muy a su pesar, Duibo se echó a temblar. Al mismo tiempo sus soldados se quedaron inmóviles, erguidas las cabezas, mirando con temor en la dirección que venía el fantástico alarido. Las «muscaris» batieron sus grandes alas con un ruido ensordecedor, tiraron bruscamente de las riendas y escaparon a la desbandada dejando en tierra a sus atónitos y aterrorizados jinetes.

Las aves que estaban uncidas a la navecilla imperial se elevaron también desoyendo las llamadas de sus jinetes. En medio de una tremenda confusión se vio al pájaro de alambre y lona dando tumbos y aporreando a los hombres, saltando hacia arriba y, finalmente, cayendo al suelo con las alas rotas y atrozmente dobladas.

—¡Por Cirón! —gritó el príncipe echando mano a su corta espada.

Y el capitán Olaf le imitó gritando:

—¡Uchimes, preparaos a vender caras vuestras vidas!

Pero en la confusión y el ruido sólo los que estaban cerca pudieron oírle.

De pronto, la apretada fila de obitas que estaba contemplando aquel caos y celebrándolo con insolentes risotadas, se abrió para dejar paso a un monstruoso ser de color verde, cara achatada y grandes ojos de cristal, que avanzó rugiendo como un demonio sobre unas patas que, incomprensiblemente, tenían la forma de

ruedas.

Ver aparecer el monstruo y echar a correr los uchimes fue todo uno. En un abrir y cerrar de ojos, Duibo se encontró solo con Olaf y los destrozados restos de su lujosa nave aérea en medio de la playa, sembrada de cascos, escudos, armas y sillas de montar. Y aún a Olaf se le veía hacer poderosos esfuerzos para no echar a correr detrás de su gente, dejando solo y abandonado a su príncipe.

El mismo Duibo tuvo que hacer acopio de todo su valor para no poner pies en polvorosa. Tres cosas le contuvieron, a saber: su propia estimación, el comprobar que los atrasados obitas no mostraban temor y el descubrir que el monstruo iba montado por seres humanos

Antes que Duibo comprendiera lo que ocurría, y antes también que el capitán Olaf cediera a sus impulsos de echar a correr, la espantosa bestia se detuvo bruscamente con un estridente chirrido y dos figuras humanas saltaron rápidamente a tierra y se encaminaron hacia Duibo sonriendo amistosamente.

Duibo se quedó mirando lleno de asombro a los dos estrafalarios individuos que venían a su encuentro. Ambos vestían ropas absurdas, cuyo detalle más conspicuo corría a cargo de unos largos tubos de tela azul donde los personajes llevaban metidas las piernas.

A pesar de sus extraños vestidos, Duibo reconoció enseguida en uno de aquellos tipos a una hermosa muchacha de pupilas doradas, la cual le alargó una mano mientras decía:

—Bienvenido a Nueva América, caballero. Mi nombre es Mildred Harlow. ¿Quién es usted?

Aunque hablaba el dialecto obita bastante mal, el príncipe Duibo, que había estudiado aquella lengua, la comprendió:

—Soy Duibo, príncipe de Uchime.

La muchacha, de una belleza exótica como jamás había visto Duibo, se volvió sonriendo hacia su compañero, un joven moreno, alto y fuerte.

—¡Oh, Erle! —exclamó con no disimulado regocijo—. ¿Has oído? ¡Todo un príncipe se digna visitarnos!

Estas palabras, pronunciadas en un idioma nasal e ininteligible, dejaron indiferente al príncipe Duibo. El hombre del traje

estrafalario hizo una reverencia y dijo:

—¡Salud, oh príncipe de Uchime! Mi nombre es Erle Raymer, para servirle. Destierre de sí su temor. Somos sus amigos.

—Un príncipe de Uchime no teme a nada ni a nadie —aseguró Duibo, aunque no muy convencido.

—Bueno, no he querido decir eso sino que… —El hombre se detuvo sonriendo—. En fin, considérese usted como en su casa. Tendremos a gran honor acogerle como nuestro huésped.

Duibo contempló a la pareja con el ceño fruncido, preguntándose si debía abordar ahora el tema que tanto le preocupaba y preguntarles sencillamente si eran dioses enviados por Cirón. Pero a Duibo los personajes que tenía ante sí no le parecían dioses, ya que ningún dios que tuviera en estima su propia dignidad osaría vestir de forma tan ridícula.

Duibo miró con desconfianza al extraño monstruo que había quedado unos pasos atrás ronroneando amenazadoramente y dijo:

—Su animal ha espantado a mis muscari. ¿No podrían alejarle de aquí?

—¿Se refiere a nuestro jeep? —preguntó la muchacha que decía llamarse Mildred—. No tienen nada que temer de él. Es manso como un «digy».

Los «digy» eran las bestias de gran alzada y hocico acorazado que tanto en Uchime como en Obi se utilizaban para arrastrar carruajes y arar la tierra.

La mansedumbre de los «digy» era legendaria y de todos bien conocida, pero no así la del incalificable monstruo que los extranjeros tenían a sus espaldas.

—No pongo en duda su docilidad —contestó Duibo—. Pero mis «muscari» no han visto nunca nada parecido y no querrán volver hasta que ese animal se haya alejado.

—Le comprendo —dijo aquel que aseguraba llamarse Erle Raymer—. La cosa tiene fácil solución. Vengan usted y su oficial con nosotros en el jeep y dejaremos la playa libre para que puedan volver sus «muscari»… y sus soldados.

Al hablar así el extranjero señalaba riendo a las aguerridas tropas que, después de haber corrido un buen trecho, se habían detenido a respetable distancia sin atreverse a acercarse. Duibo

advirtió el acento irónico del extranjero y se sintió muy humillado.

—Olaf —dijo con acento donde mal se ocultaba contenida ira—. Haz volver a ese hato de cobardes.

Olaf se alejó unos pasos y lanzó a voz en grito un torrente de maldiciones e injurias contra sus hombres. Éstos volvieron remolonamente entre el regocijo de la muchedumbre obita que presenciaba la escena. Quizás el escarnio de esta gente despreciable fuera lo que más estimuló el valor de los fugitivos, muchos de los cuales habían buscado la salvación echándose a nadar en el lago. El príncipe estaba amarillo de rabia y vergüenza.

—No haga caso —le dijo la muchacha llamada Mildred dirigiéndole la más hechicera de sus sonrisas—. También los obitas echaron a correr la primera vez que vieron nuestros automóviles. Como usted habrá comprendido no se trata de ningún monstruo, sino de una máquina.

—¿Má-qui-ne? ¿Ma-qui-né? —repitió Duibo sin entender.

—Sí. Es decir, una cosa hecha por la mano del hombre con hierro al que se ha dado ciertas formas… la cual se mueve gracias a un motor accionado por la expansión de los gases de un líquido llamado gasolina, ¿comprende?

Duibo se quedó mirando a la muchacha con la boca abierta. El extranjero llamado Erle dijo en aquel idioma incomprensible:

—Déjale, Mildred. ¿No ves que no comprende? Admitamos que se trata de un animal de hierro y en paz. Todo cuanto se haga para explicar en razón de qué misterio funcionan nuestras máquinas sólo contribuirá a aumentar su confusión y desconfianza.

Mildred asintió, se volvió sonriendo hacia Duibo y le dijo en lengua nativa:

—Nuestra casa está al otro lado del lago, príncipe. Sírvase montar con nosotros en nuestro jeep y le llevaremos allá.

Duibo miró a sus hombres que volvían recogiendo las armas abandonadas durante la fuga, luego a Olaf y, con no disimulada desconfianza, al espantoso monstruo que seguía ronroneando con faz impasible.

—Usted, naturalmente, no tendrá miedo —dijo Erle Raymer astutamente.

Duibo se engalló y haciendo impenetrable su faz volvió a

asegurar que un príncipe uchime no temía a nada ni a nadie, incluido el diablo en persona.

Sin embargo las rodillas le flaqueaban cuando, haciendo acopio de todo su valor, se encaramó sobre el trepidante y espantoso animal tomando asiento junto a aquella hermosa muchacha.

Pálido como un cadáver, el capitán Olaf montó también en el monstruo entre las risas de los insolentes obitas y tomó asiento tras su señor junto al hombre del traje estrafalario. La muchacha empuñó una rueda, movió las manos y los pies…

El diabólico animal profirió un fiero rugido, se echó a temblar presa de gran cólera, y lanzando un alarido que puso en fuga a la muchedumbre de curiosos se arrancó a correr como un loco soltando rugidos y nubes de humo pestilente.

CAPÍTULO II

Una hora más tarde y ya repuestos de la tremenda impresión que les produjo la veloz carrera a través de la ciudad montados en aquella bestia metálica que rugía y profería desaforados alaridos, el príncipe Duibo y el oficial de su escolta almorzaban con los extranjeros cuya fama les indujo a emprender tan largo viaje.

Fue entonces cuando supo Duibo que sus anfitriones no eran dioses, sino extranjeros llegados años atrás de un lejano planeta llamado Tierra.

Como para Duibo la expresión «planeta» carecía de significado, entendió que los extranjeros procedían de algún país enormemente lejano, sin que en su idea de la lejanía intervinieran espacios cósmicos, estrellas ni otras zarandajas por el estilo.

Uno de los extranjeros llamado Williams Peace, el cual parecía gozar de autoridad sobre todos los otros, le contó que encontrándose en la Tierra recibió la visita del padre de la señorita Harlow el cual le invitó a costear la construcción de una gran nave voladora con la cual se podría ir hasta Venus y descubrir lo que había en aquellas lejanas tierras.

—Venus —añadió William Peace a título de aclaración—, es el nombre con el cual se conoce este país en la Tierra.

Duibo, que ya se estaba armando un lío con aquello de «la Tierra», «nave voladora» y «Venus», asintió por no complicar más las cosas.

Mister Peace —«mister», al parecer, era un equivalente a «señor» allá en la Tierra— siguió contando que habiendo accedido a la proposición del padre de la señorita Harlow construyeron la nave voladora y emprendieron el viaje hasta llegar a Venus. Como

no sabían lo que les esperaba al desembarcar en Venus fueron a aterrizar en la calurosa zona del ecuador, un país enorme cubierto de intrincadas y gigantescas selvas donde se tropezaron con los hombres-insecto, al que los obitas conocían también con el nombre de «hombres-araña».

—Eso está muy al norte —aseguró Duibo.

Y mister Peace preguntó con ansiedad:

—¿Han llegado ustedes alguna vez hasta allá tripulando sus barcos o volando con esas grandes aves?

Duibo movió la cabeza negando.

—No, nunca hemos llegado tan lejos. El océano que nos separa de ese país está lleno de serpientes de mar y otros monstruos marinos que se tragan enteras a las naves y, por otra parte, está demasiado lejos para que nuestras «muscaris» puedan llegar allá en un solo vuelo sin escalas.

Mister Peace puso gesto contrito y Duibo añadió:

—Por lo demás ningún objeto tendría que fuéramos allá. Aquel país está habitado por legiones de hombres-araña y se dice que hace tanto calor que el fuego brota de la tierra haciendo imposible la permanencia en él de seres como nosotros.

—Bueno, no es tanto —murmuró mister Peace—. El calor es realmente sofocante, pero la criatura humana puede vivir allí a condición de no prolongar mucho su estancia. Nosotros estuvimos.

—No en Kotimak —aseguró Duibo—. Estarías más al sur, en el país donde los hombres-araña llevan cascos y corazas de oro. Kotimak es el centro del infierno.

—Si Kotimak es el centro del infierno, nosotros estuvimos en ese infierno, no lo dude —aseguró mister Peace.

Y contó cómo apenas habían desembarcado en aquella humeante tierra se vieron atacados por los hombres-insecto, los cuales mataron y devoraron a algunos de los expedicionarios, entre éstos al profesor Harlow, padre de la señorita Mildred.

El príncipe Duibo miró a Mildred, que estaba al otro lado de la mesa, y viendo sus hermosos ojos llenos de lágrimas se sintió lleno de compasión hacia ella.

—Cuando luego de feroz lucha huyeron aquellas fieras —prosiguió diciendo el señor Peace— abrimos un agujero en el suelo

para enterrar los restos de nuestros desdichados compañeros. Al horadar la roca encontramos una rica vena de oro, lo cual trastornó las cabezas de toda la expedición. Mis hombres no quisieron marcharse sin coger todo el oro, pero se hizo de noche y tuvimos que abandonar aquel lugar.

Duibo asintió comprensivo y dijo:

—También el oro hace perder la cabeza a los uchimes.

Mister Peace no tomó en cuenta la interrupción y siguió narrando:

—Levantamos el vuelo y nos dirigimos hacia el sur, donde esperábamos encontrar tierras menos calurosas. Vinimos a aterrizar por pura casualidad en el país de los obitas, en un paraje situado entre las ciudades de Hagar y Yaart. Pero nosotros desconocíamos en aquel momento la existencia de estas ciudades. Nos creíamos completamente solos en un mundo deshabitado. Durante tres días estuvimos empleados en descargar el equipo que traíamos en nuestra astronave. Al anochecer del tercer día, cuando estábamos sacando la última pieza de la bodega… cinco de nuestros compañeros nos traicionaron escapando en la astronave y dejándonos a todos los demás en el suelo.

Duibo, cogido de sorpresa, abrió sus ojos de par en par.

—¿Se marcharon dejándoos abandonados? ¿Y por qué?

—Por causa de aquel maldito oro que habíamos cogido en Kotimak al abrir la tumba para nuestros compañeros. El oro es muy apreciado en la Tierra donde sólo se encuentra por rareza. Aquel oro estaba a bordo. Yo pensaba destinarlo a la compra de nuevo material: tractores, arados, tornos y herramientas y utensilios para la nueva colonia que soñaba formar en Venus. Los traidores debieron pensar que si repartían el oro entre cinco saldrían a mayor parte que si lo repartían entre veinte. Así que tomaron la astronave y se largaron.

—¿Regresaron a ese país que vosotros llamáis la Tierra?

—Eso creímos. Pero no fue así. Aquella misma noche descubrimos que estas tierras estaban habitadas por seres como nosotros. Habíamos llegado al comenzar el verano, o sea cuando los hombres-insecto suelen efectuar sus periódicas inmigraciones en busca de carne humana. Tuvimos una refriega con esos diabólicos bichos, pero aunque les rechazamos aquella vez calculamos que no

tardarían en volver en mayor número y evacuamos el campamento yendo a parar a una ciudad llamada Yaart.

—La he visto al venir —aseguró Duibo—. Está desierta y semiderruida.

—Sí —contestó mister Peace—. Los hombres-insecto atacaron Yaart unas semanas más tarde, pero fueron completamente derrotados. Mientras preparábamos la defensa de la ciudad, un día que tuvimos que utilizar la radio para comunicar a distancia, escuchamos una llamada hecha desde nuestra perdida astronave. Entonces supimos que los traidores no habían regresado a la Tierra sino que, instigados por la codicia, volvieron a ese infernal país llamado Kotimak con el propósito de coger más oro antes de emprender viaje de regreso a la Tierra. No sabemos lo que ocurrió, aunque se deduce que habiendo regresado al punto donde aterrizamos la primera vez se pusieron a cavar hasta que los hombres-insecto se lanzaron sobre ellos y los devoraron a todos.

Duibo miró de soslayo a aquel hombre de edad que respondía al nombre de Williams Peace. Hacía rato que en la mente del joven príncipe apuntaba la sospecha de que los extranjeros mentían. Pero con las últimas palabras del señor Peace esta sospecha adquirió plena certidumbre. ¿Pues cómo pudieron oír desde Yaart la llamada que les hacían sus compañeros desde Kotimak, situado en los confines del mundo?

Mister Peace no debió caer en la sutileza de Duibo, pues siguió diciendo:

—Por esto le pregunté si sabía de algún medio para llegar hasta el corazón de ese territorio que ustedes llaman Kotimak. Nuestra astronave lleva allí cerca de dos años en completo abandono. Necesitamos llegar hasta ella para rescatarla y poder volver a nuestro mundo. Al verle llegar pensamos que quizás ustedes pudieran ayudarnos.

Duibo se replegó astutamente. Ahora que iba conociendo mejor a los extranjeros empezó a perder el respeto supersticioso que éstos le inspiraban incluso antes de encontrarles. Había averiguado que no eran dioses ni podían hacerlo todo, pues de lo contrario no acudirían a él en demanda de ayuda.

Sin embargo Duibo necesitaba conocer algunas cosas más, y como había tenido en su padre un buen maestro en el arte de la

diplomacia preguntó:

—¿Es tan necesario que lleguéis hasta Kotimak?

Los extranjeros cayeron en la celada. Eran bastantes tontos, después de todo. Y como al parecer se sentían muy ufanos de todas las cosas sorprendentes que podían hacer empezaron a hablar.

Hablaron mucho durante largo rato, asegurando que aquello que ellos llamaban astronave les era imprescindible para poder regresar a su mundo de origen. No era que quisieran marcharse porque este país les desagradara, no. Todo lo contrario. Les gustaba mucho y esperaban regresar pronto con su astronave repleta de monstruos metálicos como aquél que tanto impresionó a Duibo nada más llegar.

Y también pensaban traer cierto número de sabios como ellos, los cuales enseñarían a los obitas a labrar la tierra, levantar sólidas casas de ladrillo, tejer las telas, construir mayor número de bestias de metal y fabricar y multiplicar las prodigiosas armas que soltaban rayos y truenos matando hombres-insecto y fieras a mayor distancia y con mayor precisión que las flechas lanzadas en arco.

Los extranjeros no dijeron si aquellas armas podían matar también guerreros uchimes como mataban fieras y hombres-insecto. Pero aunque no lo dijeron Duibo lo dio por supuesto. Y esto le disgustó sobremanera. Al poderoso Imperio Uchime no le convenía en modo alguno tener unos vecinos tan fuertes y ambiciosos…

—Supongamos que nunca pudierais llegar a Kotimak, ni recobrar vuestra astronave, ni regresar a vuestro mundo. ¿Qué harías entonces? —preguntó Duibo.

—La obra colonizadora que aspiramos a realizar en Venus se retrasaría en veinte años por falta de técnicos. Tendríamos que hacerlo todo con nuestras propias manos —aseguró mister Peace.

—Verdaderamente, sería un desastre para los que no sentimos el menor deseo de quedarnos en Venus a perpetuidad —dijo otro de los presentes, hombre de mediana edad que respondía al nombre de profesor Hagerman.

—Pero no hay razones para temer tal cosa —dijo aquel apuesto joven que se llamaba Erle Raymer mirando con ironía al profesor Hagerman—. Tenemos medios para llegar hasta Kotimak y sacar nuestra astronave del maldito agujero donde está metida.

Esta afirmación pilló de sorpresa a Duibo y le causó un intenso malestar. ¿Así que los extranjeros poseían medios para llegar hasta su extraña aeronave y rescatarla?

No tardó Duibo en saber a qué medios aludía Erle. En primer lugar estaba aquel barco que él viera desde el aire momentos antes de aterrizar. En segundo lugar los extranjeros contaban con una nave aérea a la que llamaban «hidroavión». Los terrícolas se proponían cruzar el océano en su barco llevando el tal «hidroavión» sobre cubierta. Al llegar ante las costas de Kotimak lanzarían el «hidroavión» al agua, éste se remontaría en el aire y exploraría el territorio situado dentro de su radio de acción en busca de la «astronave».

El príncipe Duibo entendió que el tal «hidroavión» era una nave de alambres y cañas de bambú como la suya. Así creyó comprender por qué los extranjeros esperaban que él les ayudara. Los obitas no tenían «muscaris» y los «dragos» eran animales de vuelo lento y corto. Los terrícolas, por lo visto, querían que Duibo les cediera algunas parejas de «muscaris» para que remolcaran su pájaro rígido a través del cielo de Kotimak.

Ahora bien; como Duibo no deseaba ayudar a los terrícolas ni darles una negativa rotunda en la cuestión de los «muscaris» insistió en los riesgos que entrañaba el viaje a través del océano… monstruos, pulpos gigantes, serpientes de mar, tifones y tempestades…

—Vuestro barco jamás podrá llegar a las costas de Kotimak —aseguró.

—Hemos construido nuestro barco de hierro para que resista los más duros temporales. Y en cuanto a las serpientes de mar y demás monstruos, si es que existen, tenemos buenos medios para hacerles pedazos si llegaran a atacarnos. Venga Su Alteza y verá nuestro barco.

Los comensales abandonaron la mesa y salieron en grupo de la casa de ladrillos acercándose al muelle.

Amarrada al embarcadero se veía una extraña lancha de aspecto endeble que ofrecía la particularidad de carecer de remos y de vela. Era una embarcación grande, muy capaz para todo el grupo.

Duibo y Olaf saltaron a bordo de la lancha muy ajenos a la sorpresa que les aguardaba. Erle Raymer les llevó a popa y allí les

señaló un gran remo metálico que se hundía en el agua a modo de timón.

—Es un motor de gasolina —dijo Erle. Y tiró con fuerza de un cordel.

Se escuchó al punto un espantoso rugido que erizó los cabellos de Duibo y su capitán. Instintivamente, ambos se alejaron de un salto que hizo balancearse la embarcación y arrancó una carcajada desconsiderada de los terrícolas.

La canoa había echado a andar partiendo con rapidez las tranquilas aguas del lago dejando tras sí una amplia estela de espuma.

—Huyamos, Alteza —murmuró Olaf castañeteando los dientes junto al oído de Duibo—. Esto es magia… ¡brujerías, señor!

Pero Duibo era valiente, a pesar de todo. La creencia de que los extranjeros eran seres humanos como él y como Olaf acababa de esfumarse cediendo lugar a la sospecha de que eran dioses. ¿Cómo, de otra forma, podrían navegar tan velozmente con aquella canoa desprovista de vela, de remos ni fuerza visible que la impulsara?

Y como en el plano sobrenatural Duibo podía admitir como posibles las cosas más extravagantes, compuso la expresión temerosa de su noble rostro e hizo una reverencia a las extraordinarias criaturas murmurando:

—¿Por qué habéis querido burlaros de mí, oh dioses? No sois criaturas mortales, sino seres omnipotentes mandadas a la tierra por vuestro padre Cirón.

—No diga tonterías, amigo —refunfuñó mister Peace—. Nosotros somos tan mortales como usted. No somos dioses, ni siquiera magos o brujos. Estas cosas que a usted le parecen sobrenaturales corresponden a actos y hechos corrientes en nuestro mundo. La ciencia y la técnica terrestres marchan lo menos treinta siglos adelantadas a las de ustedes, eso es todo.

Duibo no supo qué contestar porque su confusión era tremenda en aquellos instantes.

—Se lo voy a demostrar —dijo mister Peace—. Venga usted aquí y empuñe el timón. Verá cómo le obedece la canoa, aunque usted no es un dios ni un mago.

Haciendo acopio de valor Duibo volvió a popa y puso su mano

temblorosa junto a la de Erle.

—Yo suelto ahora —dijo el joven terrícola sonriendo. Y soltó.

Duibo se encontró con su mano sobre aquella caña de metal que le trasmitía sus misteriosas vibraciones. Animado por los extranjeros empujó suavemente la barra, viendo con satisfacción que la canoa obedecía a su mano virando como otra embarcación cualquiera, sólo que más rápidamente.

—¿Ve usted? —le dijo mister Peace mientras la canoa zigzagueaba a través del lago—. La fuerza que empuja a la lancha reside en una máquina oculta en el interior de esa caña. La tal máquina ha sido construida por hombres como usted y como yo y todo su secreto consiste en saberla hacer, lo cual no es demasiado difícil teniendo los medios apropiados.

Erle Raymer volvió a tomar el timón de la canoa y la condujo hasta el barco. Duibo comprobó entonces con asombro que el tal barco tenía el casco de metal. Sus anfitriones se lo mostraron de arriba abajo deteniéndose un buen rato en lo que ellos llamaban «sala de máquinas». Aquí presenció Duibo uno de los hechos más extraños de cuantos llevaba vistos. Pulsando una pequeña astilla de una materia negra y brillante se escuchaba un chasquido y enseguida se hacía una luz brillante que salía de un pequeño globo de cristal, en cuyo interior ardían unos hilos muy finos.

A Duibo le dijeron que aquello era la luz «eléctrica» con la cual se iluminaban todas las casas de aquel lejano mundo llamado la Tierra. En la imaginación del joven príncipe la Tierra iba apareciendo como un país maravilloso, donde la gente vivía feliz disfrutando de los portentosos adelantos de su avanzada civilización.

Le sorprendió mucho saber en los días sucesivos que, lejos de ser felices, las gentes de la Tierra vivían sumidas en la desdicha a causa de las diferencias y rivalidades existentes entre los distintos pueblos y razas de aquel mundo.

Precisamente el viaje de los terrícolas hasta el país de los obitas estaba inspirado en el sueño de mister Peace de crear aquí una nación donde estuvieran corregidos todos los defectos causantes de la desgracia de la Tierra. Los extranjeros trataron de ser muy persuasivos al hablarle a Duibo de sus proyectos. Los uchimes, al parecer, debían renunciar a su neta supremacía sobre las naciones

vecinas en pro del bienestar común. Debían de derribarse las fronteras, eliminar la diferencia de castas, dejar en libertad a los esclavos, aspirar a la felicidad del prójimo con preferencia al bienestar propio y hacer otras mil cosas absurdas, ninguna de las cuales le gustaba a Duibo.

Como si comprendieran la profunda impresión que en el ánimo de Duibo causaban la belleza y la dulzura de miss Mildred Harlow, los extranjeros delegaron en la muchacha la tarea de acompañarle a todas partes, explicarle los fundamentos científicos de todos sus maravillosos inventos y convencerle acerca de las ventajas que reportaría a la nación uchime acceder a sus disparatadas pretensiones.

De resultas de este continuo contacto y de la primera y favorable impresión que la joven causó en Duibo, éste se enamoró súbita y ardientemente de Mildred Harlow.

Pero Duibo, que era astuto, ocultó su amor tan profundamente como el proyecto que iba perfilándose en su imaginación. Antes de poner éste en práctica necesitaba conocer mejor a los terrícolas.

Durante dos semanas —la semana de los terrícolas era de seis días laborables y uno de descanso— el príncipe Duibo se dejó llevar de un lado para otro simulando gran admiración por todo lo que sus anfitriones le enseñaban.

Esta admiración, para hacer justicia a la verdad, era más veces sincera que fingida. Duibo fue llevado en automóvil a lo largo de una magnífica carretera asfaltada hasta la fábrica de electricidad emplazada al pie de una cascada. Allí vio el noble uchime al gigante de metal llamado «turbina» que, acostado y chupando el agua de un largo tubo, giraba furiosamente dentro de una casa limpia y silenciosa como un templo.

La electricidad fabricada por el monstruo bebedor de agua cabalgaba luego por un delgado hilo de cobre durante varias leguas y llegaba a la ciudad. Aquí, Duibo visitó los talleres donde los artesanos nativos, bajo la dirección de los extranjeros, fabricaban aquel raro metal llamado «acero», infinitamente más flexible y duro que el cobre de que estaban fabricadas las armas y las herramientas uchimes.

Con el acero los terrícolas fabricaban preciosas herramientas de toda clase: machetes, hachas, sierras, cuchillos, azadones y arados.

Todo de una calidad, una ligereza y una dureza superiores a los productos de la industria uchime.

También se construían allí unos originales arcos de acero llamados «ballestas» que lanzaban flechas con una fuerza de penetración y un alcance muy superiores a las de los arcos de madera uchimes. Pero la obra de que más orgullosos se mostraban los terrícolas era su «hidroavión».

Duibo vio al fin este pájaro mecánico, y todo cuanto había visto hasta entonces quedó empalidecido frente al asombro que le produjo aquel artefacto.

—El motor lo sacamos de uno de nuestros tractores —confió un hombre llamado McAllister al príncipe Duibo—. Todo lo demás lo hicimos nosotros con nuestras propias manos.

El «hidroavión» fue sacado de un amplio barracón contiguo al lago y botado al agua. El príncipe meneó la cabeza con pesimismo. ¿Cómo era posible que volara aquella «cosa» sin mover las alas ni aves que la remolcaran?

Erle Raymer trepó al fantástico pájaro y se acurrucó en un agujero que éste tenía entre las alas. De pronto se escuchó un terrorífico rugido y el «hidroavión» hizo girar locamente unos remos de madera que tenía en la punta de la nariz. Erle saludó con una mano, y con gran estupefacción de Duibo el pájaro empezó a deslizarse rápidamente sobre el agua.

El «hidroavión» se elevó majestuosamente en el aire, dio media vuelta y volvió rugiendo espantosamente sobre el grupo que presenciaba sus evoluciones. En aquel momento Duibo comprendió que ninguna fuerza de «muscaris» podría enfrentarse jamás con una bandada de aquellos hidroaviones. Si los endiablados extranjeros construían una flota de aquellos monstruos no tendrían que rogar al imperio uchime que borrara sus fronteras, depusiera a su emperador y aceptara la forma de vida que ellos quisieran. Con aquellos pájaros, las armas que tenían y sus recursos industriales y agrícolas, los extranjeros pronto estarían en condiciones de imponer su voluntad al mundo entero.

Duibo decidió que ya había visto bastante e hizo sus preparativos para regresar a Uchime. Pero se guardó mucho de advertir a los terrícolas.

Dos noches más tarde los dos mil guerreros uchimes acampados

junto al lago ensillaron en silencio sus «muscari» y mientras unos quinientos de ellos se deslizaban al hurto por las silenciosas y desiertas calles de la ciudad, los otros encendían simultáneamente un millar de antorchas, montaban en sus aves y levantaban el vuelo.

La primera señal de alarma llegó a los terrícolas en forma de un agudo grito de mujer. Miss Mildred Harlow acababa de ser sorprendida en su lecho mientras dormía y, atada y amordazada, fue sacada rápidamente por la ventana y puesta en brazos de un grupo de robustos uchimes que esperaban afuera.

Simultáneamente con el grito de Mildred Harlow, un coro de salvajes alaridos resonó sobre la dormida ciudad. Enseguida empezaron a llover antorchas sobre las techumbres de paja de las chozas, a través de las ventanas de las casas y en todas partes donde hubiera cualquier cosa inflamable.

Cuando los sorprendidos habitantes de Nueva América salieron a la calle, el cielo, sobre la ciudad, empezaba a teñirse de rojo. De aquel cielo bajó silbando una nube de flechas que, implacable, perseguía a los que escapaban de sus chozas incendiadas sin hacer distinción entre hombres, mujeres, ancianos o niños.

Los talleres, la fundición y los almacenes ardían como teas. También ardía el barracón donde se guardaba el aeroplano, el garaje, los botes, el embarcadero y el mismo barco anclado en el lago. Las latas de gasolina del hangar explotaron con estruendo incrementando el incendio. Otra horrorosa explosión conmovió la ciudad al saltar el parque de las piezas antiaéreas junto con las granadas allí almacenadas…

El resplandor de los incendios iluminaba tan magníficamente la ciudad que los soldados uchimes, cabalgando en sus ágiles y gigantescas «muscari», no encontraban dificultad para herir con sus flechas a la gente que huía alocadamente de un lado a otro.

En el edificio de ladrillo donde vivían los terrícolas el incendio comenzó en la misma habitación de la cual acababa de ser raptada Mildred Harlow. Unos instantes después, al lanzarse fuera de la casa empuñando una ametralladora, el capitán Willard Whitney cayó de bruces con una flecha uchime clavada entre los omoplatos.

Hasta quince minutos más tarde los terrícolas no pudieron abandonar el edificio, batido desde el aire por las flechas uchimes.

Cuando finalmente salieron de la casa los uchimes se habían marchado, la mayor parte de su trabajo de dos años se perdía entre las llamas y el bravo capitán Whitney acababa de expirar.

CAPÍTULO III

En la central eléctrica, en el profundo silencio sólo alterado por el continuo zumbido de la dínamo conectada a la turbina, Erle Raymer meditaba cómodamente arrellanado en una silla extensible.

Sobre sus rodillas descansaba abierto un libro cuyo título venía a ser algo así como: «De la Tabla de Multiplicar a la Integral».

La imaginación de Erle volaba por el espacio inconmensurable de los números. Él, que había sido un mal estudiante en sus tiempos de universitario, se inclinaba ahora con laborioso fervor sobre los libros de matemática, física, química y ¡física nuclear!

Erle, cuyo espíritu aventurero era más partidario de la acción violenta que del cálculo y la meditación, había descubierto que para un aventurero moderno no bastaban las cuatro letras mal aprendidas, la espada y la rodela de aquellos héroes de la antigüedad que descubrieron, conquistaron y colonizaron extensos territorios vírgenes para la civilización occidental.

Para un aventurero moderno, que viajaba de estrella a estrella a través del espacio cósmico y llevaba consigo a las tierras vírgenes la electricidad, el motor de explosión, la radio, la televisión y la energía atómica no bastaba saber manejar una espada y conocer los rudimentos de la navegación a vela que se practicaba a bordo de las carabelas del pasado. Esto lo comprendió Erle enseguida por sí mismo. Y como era hombre de acción pronta y decidida se puso a estudiar con entusiasmo, encontrando incluso interesantes las materias que pocos años atrás le parecieron áridas y aburridas.

El timbre del teléfono repiqueteó un minuto insistentemente antes que Erle volviera del vuelo fantástico de su imaginación y apartara el libro a un lado acercándose al aparato.

Del auricular brotó la voz entrecortada de su tío Williams:

—¡Aquí Peace! ¿Quién está al aparato?

—Soy yo, tío. ¿Qué ocurre?

—¡Dios mío, Erle! Es espantoso… Los uchimes se han lanzado por la ciudad incendiando y matando… ¡Parecen como locos! Y temo que se acerquen por ahí para destruir la central eléctrica.

Pegando un brinco de sorpresa, Erle dejó el teléfono colgando del hilo y se lanzó corriendo hacia el cuarto de McDermit. Éste, ingeniero electricista, era el responsable de la central. Media docena de espabilados indígenas le ayudaban en las tareas menores. Además, cada noche iba a relevarle uno de los miembros de la colonia terrícola.

Aquella noche le había tocado a Erle.

McDermit despertó sobresaltado a los gritos de Erle y salió precipitadamente de su cuarto sin más ropas que unos pantalones cortos de deporte. La primera alarmada mirada del ingeniero fue para el cuadro de indicadores. Creyó que se trataba de alguna avería en las máquinas.

—¡Los uchimes están destruyendo la ciudad! —le gritó Erle—. ¡Van a venir aquí!

Los seis indígenas empleados en la central salieron con ojos despavoridos de su dormitorio. Ellos no confiaban ni pizca en las máquinas de los extranjeros y siempre estaban temiendo un desastre.

—Cerrad todas las puertas y ventanas —les gritó McDermit—. Vamos a subir a la torre.

Por razones de seguridad, la central eléctrica había sido construida en forma de torreón con grandes sillares de granito. En la planta baja estaban las máquinas y los cuartos de los empleados. Los dos pisos superiores, con los muros llenos de troneras, estaban vacíos en estos instantes. Allí dormían los soldados que solían guarnecer la fábrica durante los meses en que los hombres-insecto realizaban su periódica inmigración en busca de carne humana. Pero la torre estaba desguarnecida ahora. En la plataforma superior se había preparado la base para un cañón múltiple de los llamados «pom-pom». Pero el tal cañón se hallaba todavía pendiente de montaje en los talleres de la ciudad. Sólo funcionaba la alta cerca metálica de malla de acero electrificada que rodeaba la central para

impedir que se acercaran los animales de la selva inmediata.

Todas las armas disponibles en la torre se elevaban a dos «metralletas», un par de escopetas y media docena de fusiles.

—Subamos —dijo Erle tomando una «metralleta».

El ingeniero tomó la otra subametralladora para sí. Pero antes de subir dejó caer el rastrillo de acero de la puerta principal y lo conectó al circuito de alta tensión. Luego, encendió los focos eléctricos que en previsión a un ataque nocturno de los hombres-insecto habían sido instalados alrededor de la torre.

Aquellos focos, vistos de lejos por los guerreros uchimes que volaban hacia la central, les sirvieron de guía en la impenetrable oscuridad de la noche venusina. Pero aquellas luces no estaban allí para favorecerles sino para deslumbrarles y hacerles bien visibles a los tiradores apostados en la torre.

Las ametralladoras y los fusiles comenzaron a crepitar cuando los uchimes se lanzaron en picada contra la torre. Los asaltantes sólo podían ver una línea de deslumbrantes focos, entre los que pestañeaban las llamaradas de las subametralladoras y los fusiles.

Una docena de gigantescos «muscaris» cayó fulminada dando volteretas en el vacío antes de estrellarse con golpe sordo contra el suelo. Algunos guerreros fueron desmontados en pleno vuelo y precipitados al vacío mientras sus monturas escapaban asustadas.

El primer asalto se tradujo en un desastre para los guerreros uchimes. Sus «muscaris» se encandilaban con la luz de los focos y no obedecían a la rienda. Muchas de ellas, volando recto hacia las luces, se estrellaron contra los sólidos muros de la torre.

Los asaltantes se batieron en retirada perseguidos por una granizada de balas.

Un par de «muscaris», aleteando penosamente, chocó con la cerca metálica electrificada. Crepitaron las chispas eléctricas. Media docena de uchimes que habían quedado dentro del recinto cercado se lanzaron valerosamente contra el rastrillo de acero que cerraba la entrada a la torre. Tres de ellos cayeron fulminados, electrocutados.

Los otros tres echaron a correr a campo traviesa hasta que la cerca electrificada les detuvo. Intentaron escalarla. Y allí quedaron agarrados, los rostros negros como el carbón.

Irritado por no haber encontrado un solo resquicio por donde introducir sus flechas, el centurión que mandaba la fuerza ordenó a sus hombres que volaran en círculo alrededor de la torre e intentaron apagar los focos a flechazos.

Pero los focos, montados en huecos hechos ex-profeso de los muros, estaban protegidos por grueso cristal. Las flechas uchimes sólo lograron romper un par de cristales, y esto a un precio muy alto. Porque mientras volaban alrededor del torreón permanecían dentro de la zona iluminada por los focos ofreciendo magnífico blanco a las ametralladoras.

El centurión había recibido orden expresa del príncipe Duibo de tomar y destruir aquella torre a cualquier precio. Pero cuando el mismo centurión cayó de su «muscari» con el cráneo atravesado por un balazo, sus hombres juzgaron inútil proseguir el infructuoso asedio y abandonaron precipitadamente el campo alejándose en dirección a las montañas que formaban la frontera con su patria.

—Bien —dijo Erle dejando en el suelo su candente subametralladora—. Parece que se han marchado.

—¿Qué fue en definitiva lo que ocurrió en la ciudad? —preguntó McDermit.

—Lo ignoro. Parece ser que los uchimes enloquecieron de repente y se lanzaron a matar y a incendiar. Voy a esperar un poco por si ésos vuelven y a volar hacia Nueva América para ver qué ha ocurrido.

Poco después, Erle se encontraba sobre un «pterodáctylus» volando en medio de la oscuridad hacia el rojo resplandor que iluminaba el cielo por encima de la ciudad.

Cuando Erle llegó a Nueva América, los uchimes hacía rato que se habían marchado, y los indígenas, pasado el primer momento de terror, acudían a combatir los incendios. Las calles estaban llenas de muertos y heridos. Erle vio fuego a bordo del barco y se dirigió hacia allá. El hangar estaba ardiendo como una tea y no parecía probable que pudiera hacerse nada por salvar al hidroplano.

Erle ignoraba todavía lo ocurrido, pero ante estas pruebas de convicción apretó y rechinó con fuerza los dientes. ¡Pensar que habían trabajado como bestias durante año y medio para que ahora viniera el diablo y se lo llevara todo…!

Los botes varados en la playa habían sido desfondados a golpe

de hacha. Un grupo de indígenas trataba de combatir las llamas que envolvían el hangar. Comprendiendo que el hidroavión estaba definitivamente perdido. Erle llamó a los nativos y se lanzó al agua conduciéndolos a bordo del barco.

En cubierta, Erle encontró a los guardianes del barco cosidos a flechazos. El fuego parecía localizado en la sala de máquinas y en las carboneras. Erle puso a los indígenas a las bombas y bajó al infierno rugiente de llamas para dirigir personalmente el chorro de las mangueras. Allí se le reunió Watson, el ayuda de cámara de su tío, que había sido enviado para dirigir los trabajos de salvamento del barco.

Watson le dijo que el capitán Willard Whitney había muerto.

El fuego en el barco fue dominado al amanecer. Erle arrió un bote milagrosamente indemne y remó hacia la playa. Del embarcadero sólo quedaban las estacas quemadas a flor de agua. La canoa de duraluminio estaba hundida con el fondo lleno de agujeros. Del hangar se veía un montón de tizones humeantes. McAllister y Tony Mills removían estos tizones con sendas palas. Aquellas partes del rostro del ingeniero que no estaban manchadas de hollín presentaban una palidez cadavérica.

—Ese maldito príncipe —exclamó McAllister, y agregó una ruidosa maldición—. Bien merecido lo tenían ustedes por tratar con guante blanco a ese canalla y ladrón. Pero lo malo es que todos hemos sufrido las consecuencias. ¡Mire esto! Ya ve lo que queda del aeroplano. Un año de sudores me costó construirlo y conseguir que volara… ¿Cómo vamos a rescatar ahora nuestra astronave?

Erle no contestó porque McAllister, con McDermit y el profesor Hagerman y el capitán Whitney habían estado aconsejando reiteradamente una política más enérgica con aquel príncipe bárbaro y petulante. Whitney, especialmente, nunca se cansó de hacer notar el riesgo que entrañaba tener en la propia ciudad dos mil soldados potencialmente enemigos.

Ahora, el capitán Whitney estaba muerto. ¿Con qué palabras podría Erle expresar su sentimiento a la joven, bella y desconsolada viuda del capitán?

Erle echó a andar lentamente hacia la casa. Esperaba escuchar los gritos y los sollozos de Ruth al cruzar el dintel, pero el dolor de la joven viuda era mil veces más profundo y amargo que aquél que

se manifestaba con gritos y lamentos.

Ella estaba sentada junto al lecho donde yacía el cadáver, quieta, muda, con las lágrimas rodándole silenciosas por las pálidas mejillas.

Desde el umbral de la puerta Erle la contempló, sintiendo un nudo amargo que le apretaba la garganta. ¡Pobre Ruth, tan joven, tan bonita y delicada! Mistress Aronson lloraba y suspiraba arrimada a una pared. El estado de la joven le recordaba seguramente su propia experiencia de dos años atrás, cuando también ella perdió a su marido.

Erle pensó que la pequeña y rolliza señora Aronson era la más indicada en aquellas circunstancias para consolar a la joven y abandonó la sala mortuoria. En el pasillo se tropezó con Tony Mills, que había venido siguiéndole desde la playa.

—¿Y los demás? —preguntó.

El antiguo compañero de vagabundeo de Erle escupió entre sus encías desdentadas. En él, la barba crecida y el desaliño general de sus ropas constituían a modo de un sello personalísimo.

—Están por ahí —aseguró—. Fueron a apagar el incendio de los talleres, la fundición y el almacén… ¡Vaya faenita la que nos ha hecho tu amiguito el príncipe Duibo!

—¿Y Mildred?

Los ojillos del vagabundo se contrajeron rodeándose de multitud de pequeñas arrugas.

—Siempre sospeché que el príncipe estaba enamorado de tu novia —refunfuñó.

—¿Ese bárbaro? —Erle sintió ganas de echarse a reír.

—Ese bárbaro —contestó Tony lentamente— ha raptado a tu novia.

—¿Cómo? —chilló Erle.

Y Tony Mills repitió:

—Que la ha raptado… Que se la ha llevado.

Erle se quedó de una pieza mirando a su amigo. Tony Mills era satírico y burlón por naturaleza. Pero por la expresión de su cara, Erle comprendió que esta vez no bromeaba. Como un rayo cruzó por su mente la escena; Mildred Harlow sacada en paños menores de su lecho, siendo entregada atada y amordazada al príncipe

Duibo. Imaginó al príncipe bárbaro llevando a la muchacha cruzada sobre la silla de su «muscari», en vuelo hacia la cautividad y la ignominia… y el pensamiento se le hizo insoportable.

—¡Oh, maldito bribón! —rugió apretando los puños—. No se atreverá a tocarle un solo cabello… ¡Ay de él si intenta hacerlo! Iré tras él hasta el mismísimo infierno… Iré a buscarle en su propio palacio y le arrancaré las entrañas si… si…

La entrada de mister Peace cortó la sarta de maldiciones de su sobrino. El archimillonario parecía haber envejecido diez años en una sola noche. Llevaba la camisa hecha jirones, los pantalones chamuscados, los zapatos rezumando agua y en el rostro tiznado una honda expresión de fatiga y desaliento.

—¡Duibo se llevó a Mildred! —le gritó Erle.

—Lo sé —contestó el multimillonario, dejándose caer en una silla.

—¿Y te quedas tan tranquilo? —le gritó Erle—. ¿No comprendes que si Duibo se ha llevado a Mildred es para meterla en su harén y…? ¡Oh, no puedo soportarlo!

Mister Peace dejó caer sobre su sobrino una larga mirada de reproche. Erle bajó los ojos refunfuñando:

—Perdona. Ya comprendo que esto no te deja insensible, pero…

Hubo un largo rato de silencio. Ambos hombres parecían contemplar pensativamente el lodo que cubría el pasillo de la casa, amasado con el agua que se utilizó para extinguir el incendio de la habitación de Mildred Harlow.

—Me pregunto —dijo mister Peace— qué es lo que impulsaría al príncipe a cometer esta salvajada.

—¡Oh, él estaba enamorado de Mildred… a su modo, claro está!

—Ésa no es razón suficiente. Duibo pudo pedirnos a Mildred por esposa… o raptarla sin originar esta matanza. No, no fue eso. —El archimillonario meneó la cabeza y agregó—: ¿No nos mostraríamos con él todo lo diplomáticos que requería el caso?

—¡Tonterías! —exclamó Erle—. Lo malo que hicimos fue portarnos demasiado decentemente con él ¿Qué sabe ese salvaje de diplomacia? Mano dura era lo que necesitaba. Nuestras amenazas y nuestro desprecio le hubieran sentado mejor que las adulaciones y los ruegos.

—No lo creo yo así.

—Ya lo sé. Tú crees que con sonrisas y buenos modales se puede arreglar todo. Quizás las gentes se dejen impresionar por la amabilidad y el halago allá en la Tierra. Pero estamos en Venus, tío. Las leyes que imperan en este mundo son las mismas que se observaban en la Tierra hace trece o catorce mil años; la fuerza es el único derecho reconocido. ¡Y te equivocarás cada vez que quieras llegar al corazón de estas gentes por la persuasión de la palabra! La mentalidad y el corazón del príncipe Duibo no están educados para comprender nuestras ideas ni nuestros sentimientos.

—Es posible que tengas razón —admitió mister Peace.

Y Erle exclamó:

—¡Oh, claro que la tengo! Y sé muy bien lo único que cabe hacer ahora. Sacaremos lo que pueda aprovecharse de la catástrofe y nos prepararemos de nuevo. Pero en vez de ir enseguida a Kotimak pasaremos antes por Uchime. ¡Y le hablaremos a Duibo con el lenguaje de nuestros cañones, ya que es el único capaz de hacerse entender y respetar!

—Si invadimos a los uchimes habrá guerra, correrá la sangre y despertaremos en aquel pueblo el deseo de una revancha… Un mal principio para nuestra labor colonizadora.

—La sangre ha corrido ya y no hemos sido nosotros los primeros en derramarla. Para que Uchime abra sus puertas a la civilización y el progreso, para que dé la libertad a sus esclavos y deponga a su emperador tendremos que luchar más pronto o más tarde. La sangre está todavía caliente y nos asiste el derecho de exigir responsabilidades a Duibo. Si esperamos a hacerlo más tarde, los uchimes se sentirán con razón atropellados y mayor su rencor de verse derrotados. Además, está Mildred. ¿Vamos a dejarla abandonada a su suerte?

—No, claro que no —murmuró mister Peace—. Sin embargo, no veo cómo podemos correr en su ayuda antes de un año venusino[2].

—¡Treinta y dos semanas! —exclamó Erle—. ¡No podemos esperar tanto tiempo!

—Las granadas almacenadas en el parque estallaron, destrozando la mayor parte del material. Hasta dentro de ocho meses no volveremos a estar en condiciones de emprender una

expedición de castigo contra el territorio uchime.

—Pero…

—Pero lo peor de todo —dijo el archimillonario interrumpiendo a su sobrino con un ademán— es que no podemos marcharnos ahora dejando desguarnecida esta ciudad. Los hombres-insecto estarán aquí dentro de cuatro o cinco semanas y bastante haremos si conseguimos rechazarles con los cañones que nos quedan y los que podamos aprestar hasta entonces.

—Bien. Pero luego…

—Los hombres-insecto suelen permanecer por aquí un par de meses —continuó mister Peace—. Cuando se marchen en el otoño, la nieve se habrá acumulado en los ventisqueros de la montaña haciendo inaccesible el paso por donde llegó el príncipe Duibo. Hasta la primavera siguiente, o sea dentro de ocho meses, no volverá a ser practicable ese paso para nuestros «dragos» y nuestras tropas.

—¡Oh! —gimió Erle llevándose las manos a la cabeza—. Eso es demasiado tiempo… En ocho meses pueden ocurrirle un millón de calamidades a Mildred. ¡Para esperar tanto tiempo, lo mismo da que no vayamos nunca a rescatarla! ¡Tenemos que ir ahora!

—¿Y dejar a sesenta mil obitas expuestos a la voracidad de los hombres-insecto?

—¡No me importan nada los obitas, lo mismo si son sesenta mil que sesenta mil millones! —rugió Erle, ciego de dolor y de rabia—. Al fin y al cabo, nadie les dijo que vinieran y…

—¡No digas monstruosidades, Erle! —gritó el archimillonario con energía—. Sabes bien que no podemos inhibirnos de nuestra responsabilidad sobre esa gente ni abandonar todo lo que aquí hemos creado en quince meses de trabajo agotador; la central eléctrica, los talleres, la fundición, los sembrados y la misma ciudad.

—Yo lo daría todo a cambio de recobrar a Mildred —gritó Erle.

—Tú no sabes lo que te dices en estos momentos —contestó secamente mister Peace.

La llegada del profesor Hagerman con McAllister y Watson cortó la airada discusión entre tío y sobrino.

—¿Qué pasó en el barco, Watson? —preguntó el

archimillonario.

—El fuego prendió en las carboneras, pero ya fue apagado, señor.

—¿Alguna avería de consideración?

—Ninguna de importancia. Pero los uchimes rompieron todo el mobiliario, la bitácora y todo cuanto hallaron a mano. El señor Raymer llegó al barco antes que yo.

Mister Peace miró a su sobrino y luego a McAllister, que se había derrumbado en una silla.

—Supongo que del aeroplano no queda nada —le dijo—. ¿Podrá aprovecharse el motor para construir otro hidroavión?

—Quizás sirviera después de hacerle una gran reparación… ¡Pero no me pida que me pase otros quince meses construyendo otro aeroplano, señor Peace! —gritó el ingeniero, furioso. Y añadió —: ¡Porque no lo haré!

—Esta tragedia nos ha roto los nervios a todos —dijo el filántropo con voz mesurada—. No tardará en comprender que para rescatar nuestra astronave es preciso construir otro avión. ¡Y lo construirá!

—¡Oh, no, por cierto! —exclamó McAllister—. No me pasaré otros quince meses atando alambres y sudando sangre. Si la astronave ha de recuperarse por el avión que yo construya, pueden aguardar sentados.

—Señor Peace —dijo el profesor Hagerman—. ¿No le parece que la aventura dura demasiado? No podemos esperar otros dieciocho meses hasta que McAllister construya otro aeroplano. Una y otra vez hemos demorado ese viaje al continente ecuatorial y no siempre por razones muy convincentes. Al fin y al cabo, ¿es tan necesario el aeroplano?

—Recuerde que nuestra astronave está muy adentro del continente, en un pequeño agujero de una selva inmensa, no sabemos exactamente dónde. Probablemente tendremos que explorar millares de millas cuadradas antes de dar con el cohete. Si la tarea de localización prometía ser larga y azarosa para un aeroplano equipado con «radar», ¿cómo esperan ustedes dar ahora con el cohete?

—Podemos emplear varios «pterodáctylus» en vez de un solo

aeroplano.

—Usted sabe tan bien como yo que los «pterodáctylus» no pueden volar distancias mayores de cien kilómetros sin pararse a descansar. Con ellos sólo podríamos explorar una estrecha faja de territorio a lo largo de la costa, eso sin contar que aquel país está lleno de hombres-insecto que montan en saltamontes más veloces y resistentes que nuestros lagartos voladores.

—Con permiso de los señores —dijo el comedido y siempre flemático Watson—. ¿No podríamos utilizar esas aves que montan los uchimes? Recuerdo haber oído alardear al príncipe Duibo de que sus «muscaris» son capaces de volar hasta mil kilómetros sin pararse a descansar.

—¡Oigan! —exclamó McAllister animándose de repente—. Ésa es una buena idea. El avión que nosotros construimos no tenía un radio de acción tan grande. Además, esas «muscari» pueden volar tan alto que ningún hombre-insecto montado en saltamontes podría subir a interceptarnos. Si mucho me apuran… hasta podíamos construir un par de planeadores equipados con «radar» y hacer que los «muscaris» los remolcaran. ¿Eh, qué me dicen?

—Que es una buena idea —contestó mister Peace—. Sólo que hay un inconveniente… ¡No tenemos «muscaris»!

—Sí las hay —rebatió el profesor Hagerman.

—Pero en estado salvaje —repuso el archimillonario—. Nos llevaría más tiempo capturarlas y amaestrarlas que construir todo un aeroplano de cuatro motores.

—Los uchimes tienen «muscaris» bien amaestradas —saltó Erle rápido como un relámpago—. Podemos hacerles una visita, obligarles a que nos devuelvan a Mildred y exigirles la entrega de un centenar de «muscaris» como reparación por los daños que nos han causado

Los ojillos del profesor Hagerman brillaron de animación.

—¡Caramba, caramba! —exclamó—. Eso podría solucionarlo todo. Puesto que el barco no ha sufrido averías podemos hacer por mar el viaje hasta Uchime y remontar el río hasta la capital imperial. Con la amenaza de nuestros cañones obligaríamos al príncipe Duibo a devolvernos a miss Harlow y a entregarnos cierto número de «muscaris» amaestradas. ¿Qué me dicen?

Erle Raymer se volvió esperanzado hacia su tío.

—Está bien —dijo—. Haremos ese viaje dentro de tres meses, cuando se hayan marchado los hombres-insecto.

—¿Y por qué no ahora? —preguntó McAllister—. Ganaríamos tiempo y nos evitaríamos tener que pelear de nuevo con los hombres-insecto.

—Señor McAllister —contestó mister Peace—. Nuestros puntos de vista son opuestos e irreconciliables. Todo a lo que ustedes aspiran es a recobrar la astronave y regresar a la Tierra con los bolsillos repletos de oro. Como no piensan regresar a Venus, nada les importa que se eche a perder toda nuestra obra. Tampoco les importa la suerte de estos sesenta mil indígenas acogidos a nuestra protección. A mí, la obra realizada y los indígenas me interesan más que el oro. Incluso me interesan más que nuestra astronave y la posibilidad de regresar a la Tierra. Para marcharnos tendríamos que abandonarlo todo, incluso a los indígenas. ¡Jamás haré tal cosa!

La faz del ingeniero se empurpuró de rabia.

—¡Puede usted hacer lo que quiera, señor colonizador de mundos! —gritó—. Lo que no puede hacer es impedir que Hagerman, McDermit y yo emprendamos ese viaje por nuestra cuenta si queremos hacerlo. ¡Al fin y al cabo fuimos nosotros quienes construimos ese barco!

—No intento discutir sus derechos a la utilización del barco —contestó mister Peace—. Si quieren marcharse pueden hacerlo ahora mismo. ¡Yo me quedaré aquí! ¡Y lo haré solo si es preciso!

Al lanzar esta última afirmación mister Williams Peace miró a su sobrino con expresión entre desafiante y despreciativa. McAllister se puso en pie y gritó:

—¡Pues temo que va usted ha quedarse solo con sus indígenas, señor Quijote! Nadie querrá hacerle compañía, a excepción quizás de su sobrino si es que éste se decide por usted en vez de correr a sacar a su novia de la cámara del príncipe Duibo.

Esta alusión a lo que podía ocurrirle a Mildred Harlow encendió de púrpura la frente de Erle Raymer. McAllister y el profesor Hagerman abandonaron la casa con paso rápido y decidido.

—Tío —dijo Erle—. Espero que sabrás perdonarme si esta vez estoy de su parte.

—¡Vete con ellos! —contestó secamente mister Peace.

Erle salió de la casa sin rumbo fijo. Al llegar a la calle se detuvo y pensando que el capitán Whitney necesitaría un féretro se encaminó hacia la carpintería, donde empezó a revolver entre los escombros en busca de tablones y herramientas.

No llevaba allí mucho tiempo cuando se le reunió Tony Mills.

—Veo que los dos hemos pensado lo mismo —refunfuñó. Y se puso a ayudarle.

El féretro andaba ya muy avanzado cuando Ramírez y Hernández, los dos vaqueros mexicanos de mister Peace, entraron en la carpintería.

—Señor, Raymer —dijo Hernández empezando a liar un cigarrillo—. Hemos estado hablando con McAllister y el profesor Hagerman. Dicen que el señor Peace les ha dado permiso para coger el barco y que se van a marchar para emprender la búsqueda del cohete por su cuenta.

—¿Y bien? —contestó Erle manejando con furia el cepillo.

—Nosotros quisiéramos saber si usted va a marcharse también, porque si usted se va nosotros iremos también.

—¿Os quedaríais si yo me quedara?

Hernández y Ramírez cruzaron una mirada de azoramiento.

—Verá usted, señor Raymer —dijo Ramírez—. Nadie puede poner en duda nuestra lealtad al patrón, pero si el patrón quiere quedarse en Venus y la astronave regresa a la Tierra, nosotros queremos marcharnos también.

—Me parece que el profesor Hagerman no os ha explicado bien el asunto. Si yo voy con ellos es solamente porque se dirigen primero al país de los uchimes y yo necesito ir allá para rescatar a mi novia, la señorita Harlow. Pero si luego nos dirigimos al ecuador y encontramos la astronave no regresaremos a la Tierra sin antes pasar por aquí a recoger a mi tío y los que se queden con él.

—Bueno —murmuró Hernández—. Eso mismo nos dijeron Hagerman y McAllister.

—¿Entonces por qué queréis ir vosotros también? No podemos dejar solo a tío Willy. Yo quisiera rogaros en nombre de nuestra vieja amistad que os quedarais aquí con él.

—Lo sentimos mucho, «señorito». Pero si ésos van por la astronave nosotros vamos también. ¿O es que no se acuerda usted

de la pasada que McAllister y McDermit quisieron jugarnos? —protestó Ramírez—. En el cohete hay más de mil kilos de oro. ¿Cree que Hagerman y los otros dos vendrán por nosotros una vez se vean con el oro a bordo de la astronave? ¡Ni lo sueñe!

—Por eso queremos ir nosotros también —agregó Hernández—. Es la única forma de obligarle a venir aquí para recoger a los demás.

—Pero si yo y Tony vamos con ellos… —empezó a decir Erle.

Y Ramírez le interrumpió con un ademán.

—Ustedes dos no podrán con esos tres sinvergüenzas. ¡Serían capaces de asesinarles en tal de repartirse el oro entre los tres solos!

Erle comprendió que los mexicanos estaban decididos a ir tanto si él se quedaba como si iba también. Era justo el temor de los vaqueros. McAllister y McDermit ya quisieron traicionarlos una vez. En cuanto al profesor Hagerman, aunque la codicia de éste era grande, renunciaría a su parte en el oro que había en el cohete en tal de asegurarse un billete de regreso a la Tierra. De cualquier forma su conciencia no se escandalizaría lo más mínimo si los ingenieros le proponían emprender el viaje de regreso a la Tierra sin pasar por Nueva América.

—Supongo —dijo Erle a los mexicanos— que no habrá ninguna forma de haceros desistir de esa idea.

—Mire, «señorito». Lo mejor será que trate usted de convencer a su tío para que venga con nosotros —contestó Hernández evasivamente.

—Lo intentaré. Pero conozco a tío Willie y dudo que nadie sea capaz de convencerle.

Los dos mexicanos se marcharon. Erle se volvió hacia el vagabundo.

—¿Cuál es tu actitud acerca de este viaje, Tony?

—Yo haré lo que tú hagas.

—¿No querrás quedarte con tío Willie si yo me marcho?

Tony Mills hizo una mueca.

—Francamente, no quisiera que me lo pidieras, Erle. Si todo el mundo se marcha, ¿qué podemos hacer tu tío y yo solos con dos mujeres?

—Watson se quedará también.

—¡Valiente ayuda!

—Veo que entre unos y otros queréis impedirme que vaya a Uchime —gritó Erle exasperado—. ¿No comprendes que si todos insistís en marcharos me obligáis a quedarme? ¿Quién se ocupará entonces de rescatar a mi novia? ¿McAllister y McDermit? ¿El profesor Hagerman, quizás?

—Bueno. Si vas a ponerte así me quedaré con tío Willie. ¡Y compadezco al hombre-insecto que quiera hincarle el diente a las chuletas de este viejo! —consintió el vagabundo a regañadientes.

Los dos amigos terminaron de clavar el ataúd y regresaron a la casa de ladrillos rojos en el momento que la señora Aronson servía el almuerzo. McDermit había regresado de la central de energía eléctrica y escuchaba con atención los detalles que del proyectado viaje le hacían McAllister y el profesor Hagerman.

—Bueno —exclamó—. A ver si al fin encontramos el cohete y escapamos de este maldito Venus. ¿Vendrá usted también, Erle?

—Sí, iré —contestó Erle.

Y miró a tío Willie. Pero el archimillonario siguió comiendo sin levantar la vista del plato.

Durante el almuerzo los mexicanos informaron a su patrón, si bien que de forma indirecta, que también ellos pensaban formar parte de la expedición.

—Señor Peace —dijo el profesor Hagerman—. ¿Por qué no abandona esa absurda idea de quedarse y viene con nosotros? No es tanto lo que va a perder; total una fábrica de electricidad, un pequeño taller y cuatro casas. Cuando regrese usted a Venus con un equipo de competentes ingenieros y nueva maquinaria podrá rehacerlo todo… en una región más segura, como por ejemplo Uchime.

—No es cuestión de pérdidas o ganancias lo que me obliga a quedarme, señor Hagerman, sino de dignidad —contestó el filántropo secamente.

Con lo cual se hizo el silencio y terminó el almuerzo en ostensible tirantez.

Aquella misma tarde se dio cristiana sepultura a los restos mortales del capitán Whitney.

—Fue un camarada ejemplar y un valiente —dijo mister Peace

con voz emocionada al hacer la apología del difunto junto a la fosa —. Su nombre con el del profesor Harlow, el profesor Rowell y el profesor Aronson y otros tres héroes, figurará en la lista de honor de los descubridores de este mundo, cuya memoria reverenciarán las futuras generaciones venusinas por los siglos de los siglos. Descanse en paz el capitán Willard Whitney.

Después de lanzar sendos y simbólicos puñados de tierra sobre el féretro, el grupo se alejó lentamente regresando a la casa. Mister Peace y Watson tenían mucho quehacer en el descombro de los talleres. McAllister, McDermit y el profesor Hagerman también tenían mucho trabajo a bordo del barco.

Erle Raymer y Tony Mills se quedaron acabando de rellenar la fosa y arreglando la sencilla cruz de madera sobre el túmulo. Acababan de dar fin a esta tarea cuando la viuda del capitán y la señora Aronson, también viuda, se acercaron llevando sendos grandes ramos de flores.

—Señora Whitney —murmuró Erle visiblemente emocionado—, todavía no le he dicho a usted cuán profundamente siento lo ocurrido.

—Me consta que era usted un buen amigo de Willard, señor Raymer —dijo la joven viuda, casi una niña—. Él también le apreciaba a usted mucho.

Erle se quedó un momento indeciso mientras la joven, llorando silenciosamente, depositaba las flores sobre la tumba. Luego mascullando una ininteligible excusa, intentó retirarse.

—Espere un momento, Erle —le dijo la señora Aronson—. Tengo que hablar con usted.

Erle miró al redondo y fresco rostro de la viuda, la cual prosiguió:

—Oí sin querer lo que usted hablaba con su tío esta mañana. Entonces creí como su tío, que hablaba usted de marcharse y abandonarlo todo bajo la impresión que le había producido saber que su novia había sido raptada por el príncipe Duibo. Luego he visto con asombro cómo siguió usted adelante en su idea de abandonar a su tío para ir al país de los uchimes.

—¿Y bien? —preguntó Erle.

—Señor Raymer —dijo la señora Aronson—. Siempre le he tenido a usted en gran estima, como bien puede haberlo notado.

Pero si se marcha usted en ese barco le diré que es un maldito cobarde.

—¡Señora! —exclamó Erle enrojeciendo.

—Un cobarde —repitió la rolliza viuda del profesor Aronson.

—Alguien debe ir allá y rescatar a Mildred, ¿no cree usted? Su idea acerca del valor sería seguramente muy distinta si fuera suya la virtud que el príncipe Duibo se propone mancillar.

—Soy mujer, señor Raymer, y conozco mejor que usted la estima en que toda mujer tiene en su virtud. Ahora bien; si seis hombres, entre ellos mi marido, y por último el capitán Whitney han dado sus vidas por un mundo nuevo y mejor, ¿por qué ha de sacrificarse sesenta mil hombres, mujeres y niños para salvar la honra de una mujer?

—Señora, usted exagera —protestó Erle—. Los sesenta mil habitantes de esta ciudad no estarán a salvo porque yo deje de ir al país de los uchimes.

—Eso nadie puede decirlo. En cambio sí puede asegurarse que si usted se marcha, algo muy hermoso y digno, el sueño acariciado por su tío de usted se hundirá sin probabilidades de que vuelva a resurgir. El señor Peace es viejo y no confía ver terminada su obra gigantesca, pero espera que usted la continuará. En este momento su tío ha perdido toda la fe que depositó en usted y en la prosecución de la obra. ¿Por qué, qué puede esperarse de un hombre que no vacila en echarlo todo a rodar por correr en persecución del que acaba de robarle la novia?

—Eso es lo que Mildred espera que haga por ella —farfulló Erle sintiéndose profundamente avergonzado.

—Mildred comprenderá que usted no podía hacerlo y le excusará. Además Mildred no se sentirá deshonrada porque un príncipe bárbaro la haya tomado a la fuerza. Y usted, si verdaderamente la ama, tampoco la repudiará por algo que ha sucedido sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo. Y si me equivoco, si Mildred Harlow le reprocha porque usted no corrió a salvarla sacrificando sesenta mil vidas, entonces es una estúpida indigna de que la ame usted. Ninguna mujer exigiría tan alto precio por conservar su honra.

Erle Raymer, abochornado, se volvió a mirar a la viuda del capitán Whitney.

—Él —dijo la joven señalando el túmulo de tierra húmeda— dio su vida por ese nuevo mundo que el señor Peace aspira a construir aquí. Creía, como su tío de usted, que es posible organizar una sociedad donde la riqueza esté equitativamente repartida, donde reine la paz y se haga realidad el precepto «amaos los unos a los otros». Él no odia desde su tumba a quienes le mataron, y tampoco yo les guardo rencor. Su muerte no era necesaria, pero su sacrificio no será estéril. Aunque poco, el mundo del futuro le deberá algo. Él hizo cuanto pudo y dio generosamente cuanto podía dar. ¿Cree usted que nadie se acordará de él, señor Raymer?

—No, no —protestó Erle sintiéndose profundamente conmovido —. Todo lo contrario. Willard ha entrado a formar por méritos propios en la legión inmortal. ¡Ojalá pudiéramos encontrarnos allí algún día! Pero yo no…

—Señor Raymer —dijo la joven viuda suavemente—. Nadie puede recibir sin haber dado algo antes.

Erle Raymer quedó confuso junto a la tumba del capitán Whitney en tanto las dos mujeres se alejaban. La voz de Tony Mills brotó de la creciente oscuridad que empezaba a envolverlo todo.

—Esas buenas señoras están llenas de idealismos. Pero de todas formas tienen razón. El mundo daría asco si no existieran seres capaces de sacrificarse por algo en lo que creen.

—Sí, tienen razón —murmuró Erle. Y agregó—: He sido un estúpido. No iremos a Uchime por ahora, Tony. Nos quedamos aquí con tío Willie.

CAPÍTULO IV

El buque zarpó dos semanas más tarde. Cruzó el lago, se internó en el río, y desfilando ante los nativos que le contemplaban desde los campos de algodón y los trigales se perdió de vista en el callejón acuático que se deslizaba a través de la tupida, impenetrable selva.

El barco se desvaneció para siempre en la distancia. Jamás volvería a saberse nada de él ni de los hombres que lo tripulaban.

Pero esto lo ignoraban todavía los que aquella mañana lo despidieron desde la orilla del lago. Aunque el resto del día fue muy ajetreado, Erle Raymer se sorprendió repetidas veces pensando en el barco y en los tripulantes. Y no era que se sintiera arrepentido por haberse quedado en Nueva América.

También el resto; mister Peace, la señora Aronson, la señora Whitney, Watson y Tony Mills andaban mustios y con la mirada ausente aquel día.

Era que echaban de menos a los cinco hombres que acababan de marchar; Hernández, Ramírez, McAllister, McDermit y el profesor Hagerman. La ciudad rebosaba de las sesenta mil almas que la habitaban. Pero en medio de esta multitud los terrícolas se sentían solos y tristes.

Sólo el transcurso de los días y el trabajo agotador de las tres semanas siguientes pudo atenuar esta nostalgia de los ausentes.

Durante aquellas tres semanas, como las dos que habían precedido a la marcha del barco, los terrícolas desplegaron una actividad extraordinaria. Primero limpiando de escombros y volviendo a poner en marcha la fundición y los talleres. Luego fundiendo, torneando y montando cañones.

Cuando la primera banda de hombres-insecto voló sobre el

extenso territorio obita cabalgando en monstruosos y zumbadores saltamontes, los terrícolas habían conseguido poner a punto ocho cañones antiaéreos, cuatro ametralladoras ligeras y las dos mil escopetas de gran calibre fabricadas en serie durante los meses anteriores.

Esta vez, la horda de hombres-insecto no pilló desprevenidos a los indígenas. Desde cien kilómetros de distancia, una red de emisoras de radio, manejadas por exploradores nativos, advirtió a la ciudad de la llegada de los invasores.

Al aparecer en el horizonte la nube de saltamontes, Erle Raymer se encontraba junto a la batería de cañones antiaéreos siguiendo los movimientos del enemigo a través de un telémetro de campaña.

Los hombres-insecto, que se tocaban con sus característicos capacetes de oro puro, volaron recto hacia la ciudad. Ignoraban a los largos tubos de acero que se movían en el suelo siguiendo su raudo vuelo. Cuando se encontraban a dos mil metros de la ciudad…

—¡Fuego! —gritó Erle por el teléfono que ponía en comunicación las cuatro baterías antiaéreas.

Los cañones rompieron a disparar con estruendo. Las granadas, rompiendo en breves fogonazos, rodearon al invasor de súbitas y negras nubecillas. La metralla esparcida por estas granadas destrozó literalmente a los saltamontes y a los hombres-insecto que se encontraban cerca.

Se produjo un movimiento de espanto y retroceso entre las alas atacantes. Otra descarga, más certera que la anterior, derribó dando volteretas a medio centenar de insectos.

La banda, formada por un millar aproximado de hombres-insecto, se dispersó emprendiendo precipitada fuga.

Era ésta la primera vez que se utilizaban cañones antiaéreos contra la horda de hombres-insectos. En realidad, el efecto de los grandes cañones fue más de índole moral que práctico.

Pero de todo el ámbito de la ciudad se levantó un clamor de gritos entusiasmados. Los nativos consideraban ya como suya la victoria.

—El asedio será largo —dijo Erle a Zurk, uno de los indígenas más inteligentes y gran amigo suyo que a la sazón mandaba la primera batería—. El enemigo es tenaz como sólo pueden serlo los

insectos y no cejará en sus ataques hasta que la llegada del otoño les obligue a regresar a su patria.

—O hasta que les aniquilemos a todos —contestó Zurk.

—No podemos siquiera soñar en destruirles a todos. Algún día, cuando tengamos cañones dirigidos por radar y escuadrillas de aviones de caza, las hordas de hombres-insecto podrán ser aniquiladas rápida y completamente cada vez que vengan por aquí. Pero ahora no tenemos nada de eso y bastante haremos si dejamos la partida en tablas hasta que la llegada de otoño obligue a esos bichos a regresar al ecuador.

Estas palabras no eran en realidad de Erle. Éste las había escuchado muchas veces de labios del capitán Whitney. Sorprendía la forma en que la falta de un solo hombre dejaba un vacío tan grande entre sus amigos.

Erle echaba mucho de menos al enérgico y valiente oficial. Y todavía debía echarle más en falta en los días siguientes, cuando los hombres-insecto, engrosadas sus filas por otras hordas que iban llegando a medida que entraban en el verano, intentaron una y otra vez arrollar la tenaz resistencia de las débiles criaturas cuyo solo olor excitaba hasta enloquecer su voraz apetito de carne humana.

El ataque más violento que los humanos tuvieron que rechazar se produjo durante la noche del día que llegó la primera banda.

Los insectos esperaron a la noche para atacar.

Al anochecer, Erle dio orden para que se encendieran los reflectores eléctricos. Los insectos se lanzaron al ataque con denuedo. Como no volaban en grupo, sino bastante dispersados, los cañones no pudieron hacer nada para contenerlos.

Entonces entraron en liza las ametralladoras antiaéreas. El cielo, de una negrura como no se conocía en las más oscuras noches de la Tierra, se pobló del haz brillante y multicolor de las balas trazadoras.

Algunos saltamontes, cogidos por la barra luminosa de los reflectores, fueron derribados en vuelo. El resto, por escasez de proyectores, consiguió llegar a la ciudad sin ser visto.

No tardaron en escucharse gritos y sonar secos escopetazos en todo el perímetro de la ciudad. Aquí y allá empezaron a brillar los incendios. Erle había ordenado que la población se concentrara en torno al lago, donde se levantaban casi todas las casas de ladrillo,

los almacenes y los talleres.

Dos mil escopetas, un centenar de fusiles y cinco mil ballestas de acero rodeaban el lago, esperaban en las calles, se apostaban en las ventanas y sobre los tejados…

El resto de la ciudad se había abandonado al invasor. Solamente el transporte «Breen» convertido en tanque y el automóvil «jeep» transformado en carro blindado podían disputarle aquel sector de la ciudad.

El «jeep» esperaba junto a la batería con Ruth Whitney al volante. A falta de hombres en quien confiar los vehículos, la viuda del capitán y la señora Aronson se habían convertido en conductores del «jeep» y el tractor «Breen», respectivamente.

Zurk y otro indígena siguieron a Erle al interior del vehículo blindado. Éste montaba dos ametralladoras; una en la torreta giratoria y otra en el parabrisas, tirando hacia adelante.

—¡Adelante, Ruth! —dijo Erle cerrando de golpe la portezuela blindada.

El «jeep» gruñó y rodó lentamente por las anchas y desiertas calles de la ciudad. A través de las estrechas mirillas, los ojos de la tripulación del carro avizoraban en todas direcciones.

No tardaron en tropezar con los hombres-insecto. Éstos entraban y salían de las chozas y barracas, furiosos al parecer de no encontrar en ellas «un mal viejo que llevarse a la boca», como diría Tony Mills.

Los insectos lo rompían todo. Destrozaban los escasos y pobres enseres de las chozas, les pegaban fuego y se lanzaban furiosamente sobre las chozas vecinas. Avanzaban lentamente hacia el lago, formando en torno a éste un círculo de casas incendiadas…

Una nube de flechas cayó sobre el coche blindado. Rebotaban contra las planchas de acero en continuo, ensordecedor estruendo. Se veían pasar veloces y grotescas figuras de cuatro angulosas patas sobre el fondo iluminado por los incendios. La luz de los faros chisporroteaba sobre los casquetes y las delgadas láminas triangulares de oro que los hombres-insecto llevaban cubriéndoles el pecho.

Las ametralladoras del «jeep» rompieron a disparar. Disparaban en rápidas y cortas ráfagas siempre que los tiradores vislumbraban un enemigo a la luz de las llamas y los faros propios.

El «jeep» recorrió varias calles tendiendo hombres-insecto o poniéndolos en fuga. Por espacio de tres horas rodó de aquí para allá sin dar tregua al enemigo, hasta que agotadas las municiones y exigua la provisión de gasolina regresó al parque, junto al lago para reaprovisionarse de unas y otra.

Toda la noche estuvieron los vehículos rodando por las calles de la ciudad, acudiendo allí donde menos se les esperaba para contener o refrenar el avance del enemigo hacia el lago.

Poco antes del amanecer empezó a llover. La lluvia era un meteoro tan frecuente en Venus que parecía mentira que no hubiera llovido en toda la noche.

Al amanecer, apenas la luz fue lo bastante fuerte para distinguir los objetos, una batería de morteros dirigida por el señor Peace abrió fuego a través de la lluvia contra las avanzadillas de hombres-insecto.

Durante todo el día prosiguió la batalla en medio de un temporal de lluvia. Lo que en Nueva América era sólo lluvia era en el océano viento y marejada.

Mientras en Nueva América Erle Raymer, su tío y sus compañeros luchaban contra los hombres-insecto, allá en el mar el viento volcaba montañas de agua sobre el pequeño barco de hierro.

Las olas rompieron el tragaluz de la sala de máquinas. Por la abertura empezó a entrar agua que pronto apagó los fuegos. El barquito, con las máquinas paradas, quedó a merced del temporal. El huracán lo arrastró como una pluma y lo estrelló contra la costa acantilada haciéndolo pedazos. Jamás volvería a saberse nada de él ni de los cincuenta hombres que lo tripulaban.

El temporal duró toda una semana. Las aguas de los ríos del país de los obitas subieron de nivel poniendo en graves apuros a los habitantes de Nueva América, amontonados junto al lago desbordado.

El agua cubrió medio metro las calles de la ciudad creando dificultades e incomodidades inesperadas. Pero también impidió remontar el vuelo a los saltamontes de los hombres-insecto, que temblaban ateridos de frío bajo un clima templado al que no estaban acostumbrados…

Durante tres días los morteros estuvieron martilleando al enemigo refugiado en las chozas de los arrabales de la ciudad. Los

hombres-insecto asediados por el hambre, el frío y el agua, recibieron el golpe de gracia de manos de cinco mil indígenas que, armados de escopetas y de ballestas, fueron a buscarles a sus madrigueras y darles muerte uno por uno.

Aquel temporal que hizo zozobrar el barco de McAllister y estuvo en tres de anegar la ciudad hasta los tejados favoreció a la larga a la colonia terrícola. Contenidos por el viento, la lluvia y el descenso de la temperatura, la mayoría de las tribus de hombres-insecto suspendió por aquel año su periódica emigración al país de los obitas.

Hacia el final del verano algunas pequeñas partidas de insectos gigantes llegaron al territorio obita. Rechazados con grandes pérdidas por los cañones antiaéreos y las ametralladoras, los hombres-insecto optaron por hacer algo parecido a una guerra de guerrillas.

Durante la noche y siempre en pequeños grupos se acercaban a los arrabales de la ciudad y sorprendían a los centinelas o alguna familia indígena entregada al sueño llevándose sus cadáveres para devorarlos entre los trigales en sazón…

Los agricultores tenían que trabajar con la escopeta al alcance de la mano, porque el voraz enemigo surgía de donde menos se le esperaba para lanzarse sobre los grupos pequeños o desprevenidos.

Pero rara vez pillaron desprevenidos a los indígenas, y sí, en cambio, se vieron detenidos una y otra vez por media libra de plomo y hierro salidos de la boca acampanada de atronador y mortífero trabuco.

El uso de la escopeta se había difundido de tal modo en los dos últimos meses que no existía prácticamente ningún indígena que no tuviera su arma propia.

Los nativos habían descubierto que un trabuco era cosa fácil de construir, y se los construían con sus propias manos y sus pobres medios de materiales tan diversos como el acero, el hierro y el cobre. A veces, el arma era tan peligrosa para el que la disparaba como para el que encajaba el trabucazo.

Pero en general, aquellas armas rudimentarias detuvieron a los hombres-insecto. Los nativos las cargaban con puñados de chatarra, clavos, postas y hasta piedras. Los insectos gigantes eran unas criaturas de extraordinaria vitalidad, prácticamente inmunes a las

balas, a menos que éstas le acertaran en el cerebro.

Sin embargo pocos hombres-insecto, al regresar a sus monstruosos hormigueros del trópico, debieron poder alardear de haber sobrevivido a las heridas de las armas de fuego.

La metralla de los trabucos abría en el cuerpo de los insectos agujeros tan enormes que podía mirarse a través de ellos.

Con la llegada del otoño los insectos se marcharon definitivamente. La temperatura era de 40 grados centígrados, francamente tórrida para los terrícolas. Pero fría para los hombres-insecto, acostumbrados a los 60 grados y aun más del infierno ecuatorial donde vivían.

Erle Raymer se entregó con entusiasmo a la tarea de preparar la expedición al país de los uchimes. No se tenían noticias del barco, aunque éste iba equipado con una potente estación de T.S.H. y habían convenido en intercambiar noticias cada domingo.

En la fundición y los talleres se trabajaba noche y día sobre las fórmulas y los planos dejados por McAllister y el difunto profesor Clancey. Se fabricaban a toda prisa cañones antiaéreos de 20 milímetros, copiados de las muestras originales construidas en los Estados Unidos de Norteamérica. Y también fusiles, municiones, ballestas y ligeros escudos de duraluminio.

En otros aspectos la labor era también intensa. Se construían carros ligeros para llevar la impedimenta, arneses, mantas y trajes especiales de abrigo para preservar a los «dragos» del frío de las cumbres nevadas. Estas telas se confeccionaron con el algodón de las dos cosechas anteriores tejidas en telares movidos a mano por dos millares de mujeres indígenas dedicadas a la confección de telas.

Los preparativos fueron más entretenidos de lo que Erle calculaba. El verano se echó encima y de nuevo surgió la cuestión de los hombres-insecto.

La situación, no obstante, era muy diferente de la del año anterior[3]. Los indígenas estaban bien armados, eran abrumadoramente superiores en número a las hordas de insectos que pudieran presentarse, tenían mayor número de casas de ladrillo y los graneros llenos de trigo y maíz.

Sin embargo, el señor Peace dudaba en abandonarlos. Eran «su obra» y temía un cúmulo de calamidades si les desamparaba por

algunos meses.

—Vaya usted tranquilo, señor Peace —le dijo la señora Aronson —. Ruth y yo nos quedaremos aquí con los indígenas hasta que ustedes vuelvan «con la frente ceñida de laureles», como decían o debían decir las mujeres de los troyanos al despedir a sus maridos. Y no se preocupe, que nosotras sabremos cuidar de los indígenas y de nosotras mismas. ¿Eh, Ruth?

La joven asintió sonriendo y mister Peace delegó en ellas la misión de mantener el orden y dirigir la defensa de la ciudad, si aquel verano se presentaban las hordas de insectos como era de esperar por el mal tiempo que tuvieron el año anterior.

La expedición, finalmente, se puso en marcha al cumplirse el año de la partida del barco, del que no habían vuelto a tener noticias.

Con 15 días de antelación salieron los carros tirados por «digys» rodando lentamente por el camino de Yaart en dirección a las montañas. Para esta expedición Erle había decidido llevar consigo el transporte «Breen», vehículo blindado de gran robustez apto para rodar sobre toda clase de terrenos y muy a propósito para encabezar una columna en país áspero y desconocido.

Zurk marchó con la columna llevando consigo una emisora de radio de tipo militar y por medio de este aparato fue dando noticias de los incidentes de la marcha.

Cuando Zurk comunicó que habían llegado a las montañas Erle mandó allá una centuria de «dragos» con sus jinetes para que ayudaran a Zurk a buscar el camino más accesible.

Dos días más tarde Erle, su tío Willie, Watson y Tony Mills se despidieron de la señora Aronson y la señora Whitney, montaron en el «Breen» y se pusieron en marcha cubriendo en día y medio la distancia que los carros emplearon doce días en recorrer.

Detrás del «Breen» venían volando los tres mil «dragos» que formaban el grueso de la fuerza. Los «dragos» llegaron a la cordillera al mismo tiempo que los caudillos terrícolas y fueron inmediatamente «vestidos» con las prendas de abrigo confeccionadas expresamente para ellos.

Erle había imaginado difícil el paso entre las montañas, pero todo cuanto él supuso quedó empalidecido ante la dura realidad. Puede que Erle hubiera desistido de su viaje de conocer las

penalidades que le aguardaban.

Pero Erle ignoraba lo que le esperaba tras cada vuelta del camino. Y confiando siempre en que la dificultad presente sería la última, de apuro en apuro, la expedición fue internándose en las montañas llegando a un punto desde el cual tan difícil era seguir adelante como volver atrás.

A seis mil metros de altura sobre el nivel del mar, el aire era tan enrarecido que hasta el motor del «Breen» encontraba serias dificultades para funcionar. El menor esfuerzo producía agobiante fatiga y desvanecimiento.

Los valientes «digys», bestias de la alzada de un caballo terrícola con un hocico puntiagudo y óseo, uno de los raros mamíferos de gran tamaño venusinos, bregaban penosamente tirando de los carros, arrastrando los cañones, cayéndose aquí… levantándose allá.

Los pterodáctylus o «dragos» renqueaban trabajosamente sobre sus torpes patas, grotescos en los burdos abrigos de algodón almohadillado, arrastrando por la nieve sus grandes alas insensibilizadas por el frío.

Toda la caravana avanzaba lentamente envuelta en torbellinos de nieve y de niebla por un intrincado dédalo de ventisqueros y desfiladeros, azotada por un viento huracanado cuyo bramido ahogaba el grito de los hombres que animaban a sus bestias…

No en vano eran tan escasas las relaciones entre los dos pueblos vecinos. Erle reconoció que el príncipe Duibo realizó una gran hazaña al pasar por aquellos lugares con todo un ejército de aves. También había pasado por allí en el viaje de regreso, y a Erle le emocionaba pensar que Mildred Harlow atravesó estos mismos parajes.

La idea que cada paso le acercaba más a la mujer amada permanecía fija en el pensamiento guiándole hacia adelante como la nube de fuego que sirvió de guía al pueblo israelita en su huida de Egipto.

Sólo de tarde en tarde recordaba que a su ejército no le impulsaba el mismo afán liberador, y entonces temía verse abandonado por sus tropas, exasperadas por el frío y las fatigas.

Pero aunque en ocasiones flaqueaban, los indígenas seguían adelante con valentía rayana en el heroísmo. Ellos, en su azarosa

existencia de seres primitivos, habían pasado por episodios tan penosos como éste, con la diferencia que ahora no sufrían hambre y formaban un ejército compacto, numeroso y bien disciplinado.

Sentían los obitas el legítimo orgullo de quien se siente fuerte y rico después de largo período de pobreza y debilidad. Adoraban a sus caudillos extranjeros como a dioses, pues de ellos habían recibido cuanto ahora poseían.

Y en sus ánimos pesaba también amargamente el recuerdo de las dos mil víctimas del brutal e injustificado ataque de los uchimes.

El hallazgo de gran número de «muscari» congelados anunció al ejército obita que estaban en el punto más difícil de su marcha. Las «muscari» habían pertenecido a las tropas del príncipe Duibo. También encontraron algunos cadáveres de soldados uchimes.

También los obitas perdieron algunos centenares de «dragos», pese a ir protegidos con prendas de abrigo, por ser éstos más frioleros que las «muscari». Unos cincuenta hombres perecieron en la penosa etapa, víctimas unos del frío, otros por asfixia, y la mayoría por accidentes acaecidos durante la marcha.

En cuanto al tractor «Breen», éste creó tal número de dificultades que Erle estuvo cien veces a punto de abandonarlo. Todas las noches el agua del motor se congelaba. A veces se helaba también estando en marcha. Los hombres y los animales tuvieron que ayudarle a salir de inacabables atascos. Otras veces el tractor ponía en juego sus 120 caballos de fuerza para desatascar a los carros.

Toda la travesía de la cordillera fue una pesadilla de carros que volcaban, «digys» con las patas rotas a los que había que rematar a tiros, hombres que vomitaban sangre, «dragos» que se quedaban congelados, nieve, aludes, viento, frío…

El príncipe Duibo, ciertamente, había realizado una hazaña al pasar aquella cordillera con un ejército de «muscaris».

Pero su hazaña quedaba empequeñecida si se la comparaba con la de los terrícolas.

Duibo llevaba un ejército ligero, sin impedimenta alguna, con aves abrigadas con plumas capaces de resistir temperaturas más bajas que los «dragos», pobres y torpes lagartos por su desgracia provistos de alas de murciélago.

Erle Raymer, su tío, Tony y Watson marchaban al frente de una fuerza tres veces mayor, embarazada por el peso de los cañones y una gran impedimenta.

Nunca un ejército tan heterogéneo y numeroso había utilizado aquel paso de entre montañas de hasta 30.000 metros de altura, cuyas cimas desaparecían en el cielo de Venus eternamente cubierto de nubes.

Parecía un milagro que aquella tropa pudiera sobrevivir al frío, a la nieve, a las tempestades, a los aludes, a la fatiga y a la falta de oxígeno de aquellas alturas desoladas.

Pero la expedición sobrevivió, gracias a la tenacidad de sus hombres y a Dios. Los cadáveres de «muscari» y de uchimes fueron escaseando durante la octava jornada y dejaron de verse al día siguiente.

Empezaban a descender por la vertiente opuesta de las montañas. El aire fue enriqueciéndose de oxígeno, lo cual acusaron los «dragos» y los «digys» dando muestras de mayor vivacidad. Hasta los 120 caballos del motor del «Breen» roncaron con toda su potencia…

Estimulados por la proximidad del fin de sus fatigas, hombres y bestias se lanzaron hacia adelante. El clima se hizo más benigno al día siguiente.

Dos días más tarde, desde la montaña, Erle Raymer veía a sus pies los verdes y exuberantes bosques del país de los uchimes. Su tenacidad y la de los hombres que le seguían habían vencido sobre las penalidades del formidable obstáculo.

CAPÍTULO V

La primera población que los obitas tomaron a los uchimes fue una pequeña aldea situada al pie de las montañas.

La aldea se tomó sin disparar un tiro ni una sola flecha. Los «dragos» cayeron por sorpresa sobre el poblacho, en el que no había un solo soldado, y por orden expresa de mister Williams Peace se respetó la vida a sus moradores.

Erle tomó a un joven aldeano que le pareció bastante avispado y le entregó este mensaje verbal:

—Ve a Selkiri, la capital del imperio, y busca al príncipe Duibo. Dile que te manda un terrícola llamado Erle Raymer. Dile que estoy aquí al frente de un ejército, que he venido a ajustar cuentas con él. Dile que arrasaré este país, que destruiré sus ciudades y dejaré yermos vuestros campos si él personalmente no sale a mi encuentro con una rendición incondicional trayendo consigo a la muchacha que se llevó del país de los obitas.

Erle hizo repetir varias veces su mensaje al uchime hasta asegurarse que lo había comprendido bien, le dio un «drago» para que llegara rápidamente a la más próxima ciudad y le puso en libertad.

Una semana de descanso al pie de las montañas restauró por completo las energías de los soldados, los «dragos» y los «digys» de tiro.

El descanso, de todas formas, no fue absoluto. El cuerpo expedicionario sólo llevaba tres días en la aldea cuando empezó a registrarse cierta actividad aérea por parte de los uchimes.

—Señor —anunció un centurión entrando en la choza donde se hospedaban los terrícolas—. Una patrulla de «muscaris» está dando

vueltas alrededor del campamento.

Aunque el aviso era para mister Peace, Erle contestó con rapidez:

—Hacedles un saludo con la artillería antiaérea. Eso aclarará la voz de los cañones y servirá de aviso a los uchimes.

—Erle —dijo mister Peace luego que el centurión hubo salido—. No quiero derramar sangre innecesariamente.

—Esta vez es necesario. Los cañones, probablemente, no acertarán a los uchimes. Pero éstos les cobrarán respeto y harán circular la voz de que poseemos armas terroríficas. Cuando mayor sea el temor del enemigo más pronto terminaremos esta campaña. También eso ahorra vidas.

Afuera tronó una batería antiaérea. Y Erle Raymer salió de la choza para comprobar que se había equivocado. Los artilleros obitas acertaron en la patrulla de «muscaris». Sólo un par de uchimes consiguió escapar a toda prisa.

Los «muscaris» no volvieron a dar señales de vida en lo que quedaba de semana. Pero de uno de los que resultaron heridos en la primera escaramuza obtuvo Erle valiosos informes. Erle pudo confeccionar un mapa de los caminos que conducían a Selkiri, la capital del imperio.

Y supo también que las tropas «muscaris» del imperio se evaluaban en unas ocho mil aves con sus correspondientes jinetes. No existían fuerzas de infantería propiamente dicha.

—Perfectamente —contestó Erle—. Barreremos los «muscaris» del cielo y haremos en un paseo la marcha sobre Selkiri.

—Esperaremos un tiempo prudencial para que Duibo pueda darnos una respuesta —dijo mister Peace.

Pero Erle no pudo esperar más tiempo del que sus tropas necesitaron para restaurar completamente sus fuerzas.

—Esperaremos por el camino —repuso Erle ante las protestas de su tío—. Si el Emperador nos ve en marcha hacia su capital estimulará a su hijo para que nos dé una respuesta.

La columna se puso por fin en marcha. Las «muscaris» empezaron a mostrarse volando a tres mil metros de altura medio ocultas por el techo de nubes cuya eterna envoltura constituía uno de los detalles más conspicuos del planeta Venus.

—La verdad es que lo pasaríamos muy mal si los uchimes tuvieran bombas para lanzarlas desde las nubes —comentó Tony Mills.

Erle se quedó mirando las gallardas aves que aparecían y desaparecían entre las nubes, planeando sobre la columna. Los «dragos» no podían elevarse siquiera a la mitad de aquella altura. Los cañones antiaéreos sí alcanzaban, pero Erle no dio orden de abrir fuego.

—Nada pueden hacernos mientras vuelen a esa altura —murmuró—. Les permitiremos que nos observen.

La columna marchó durante todo el día. Los dos mil quinientos «dragos» supervivientes del paso por las montañas volaban a ambos lados de la columna explorando el terreno. Éste era áspero y montañoso y estaba cubierto de tupido bosque. Los pterodáctylus volaban un trecho, se detenían esperando a la lenta caravana, volvían a remontarse con torpe y pesado aleteo, y así durante todo el día.

Al caer la tarde los exploradores obitas y los exploradores uchimes tuvieron un breve y sangriento encuentro alrededor de la cima de una montaña dominante donde se habían apostado los últimos.

Los obitas, armados de escopetas y ametralladoras ligeras, barrieron a los uchimes y ocuparon la cima. Desde allí y utilizando una pequeña emisora-receptora informaron a Erle que estaban a la vista de una gran ciudad amurallada que se dominaba desde la montaña.

Erle Raymer abandonó el tractor «Breen», montó en el robusto cuello de un pterodáctylus y fue a reunirse con sus exploradores en la cima de la montaña. Desde allí se dominaba tanto la serpenteante carretera por donde avanzaba la columna como la ciudad de referencias, emplazada junto a un río en medio de amplio y fértil valle.

Utilizando los prismáticos, Erle creyó advertir en la ciudad cierta actividad de «muscaris». Tomó la radio y habló con mister Peace.

—Vamos a acampar aquí, tío. Ordena que desenganchen los cañones y que los emplacen en ese carro de la izquierda. Bombardearemos esa ciudad tal como le prometimos a Duibo.

—Erle —dijo mister Peace—. En esa ciudad habrá gente inocente; ancianos, mujeres y niños.

—Esa gente debe haber evacuado la ciudad al tener noticias de nuestra proximidad. Y si no lo ha hecho todavía pondrá pies en polvorosa cuando la primera granada aterrice allí. Les daremos tiempo para que huyan.

Esta promesa acabó con la resistencia del filántropo, el cual voló poco después hasta la cumbre para llevar un telémetro a su sobrino.

Erle tomó la distancia del objetivo antes que anocheciera. El primer rugido del cañón retumbó entre los montes con las medias tintas del anochecer. La granada pasó silbando por encima de las cabezas de mister Peace y su sobrino para caer segundos más tarde frente a las murallas de la ciudad.

—Tres grados más de elevación y cinco a la derecha —transmitió Erle por radio al jefe de la batería.

El segundo cañonazo hizo estremecer las montañas. Esta vez la granada acertó de lleno en la ciudad. A través del telémetro Erle vio volar cascotes y vigas entre llamas y humo.

—Alto el fuego. Emplacen las otras piezas utilizando los mismos datos. Vamos a concederles un par de horas a los uchimes para que abandonen la ciudad, si no lo han hecho todavía.

Mientras transcurría el plazo de dos horas la tropa comió. Con su telémetro Erle veía centenares de antorchas que salían de la ciudad desparramándose en dirección al río y a lo largo de éste en dirección al sur.

—Están evacuando la ciudad a la carrera —aseguró Erle.

Al cabo de dos horas el torrente de antorchas había disminuido considerablemente. Erle empuñó la emisora.

—Tres cañonazos más para animar a los remisos —ordenó.

Tres minutos más tarde la oscuridad reinante en el valle era iluminada por tres ruidosos relámpagos.

—Las antorchas vuelven a apresurarse —informó Erle—. Esperaremos una hora más.

El nuevo plazo expiró como había expirado el anterior.

—Bien, muchachos —dijo Erle por la radio a sus artilleros—. Podéis empezar la fiesta. Un carro de municiones para cada batería.

Los dieciocho cañones antiaéreos emplazados en el cerro rompieron a disparar con estruendo que pobló de ecos y relámpagos el silencio y la oscuridad de la noche. Los proyectiles pasaban sobre la cabeza de Erle con el ruido de un tren expreso para ir a caer ocho kilómetros más allá sobre la ciudad amurallada.

Pronto los incendios comenzaron a brotar de la ciudad irradiando gran resplandor en el cielo.

Por espacio de dos horas los cañones martillearon la ciudad arrojando seis toneladas de acero en forma de metralla.

Luego se hizo el silencio. Erle y su tío regresaron a la carretera y durmieron hasta el amanecer bajo el medroso chisporrotear de las bengalas que disparaban los obitas para iluminar los contornos en previsión a cualquier sorpresa que pudiera llegar por el suelo o por el aire.

Al amanecer la columna se puso en marcha encabezada por el tractor «Breen» acorazado. Cuando descendían hacia el valle por serpenteante y pésimo camino vieron a la ciudad que todavía humeaba entre las brumas.

—Presiento que Duibo querrá darnos la batalla en este valle —murmuró Erle explorando la tenue neblina con los prismáticos—. Esta bruma es muy a propósito para que las «muscari» puedan caer sobre nosotros antes que las veamos. Tendremos que preservarnos de…

El apagado estampido de una escopeta sobre su cabeza le interrumpió. Casi toda la fuerza de «dragos» se encontraba en aquellos momentos volando a mil metros de altura, entre la niebla, sobre la columna en marcha.

Al primer escopetazo siguió el rápido, nervioso tabletear de una subametralladora fabricada en los Estados Unidos. Y a continuación, de golpe, sonó una descarga cerrada de escopetas de doble cañón.

El primer movimiento instintivo de Erle Raymer fue meterse en el tanque dejando caer la trapilla de acero sobre su cabeza. Pero este impulso fue dominado por el pensamiento de que sus soldados no verían bien que su general se escabullera como un ratón entre las sólidas planchas de su vehículo invulnerable.

En la parte exterior de la torreta iba montada una ametralladora antiaérea. Erle la empuñó conservando medio cuerpo dentro de la

torreta.

Cuando el primer uchime apareció montando en su gigantesca «muscari», Erle le mandó una rociada de balas que hizo rodar ave y jinete por la empinada ladera de la montaña.

Mientras sobre la columna restallaban secos los escopetazos, los obitas detenían los carros, empuñaban sus fusiles, escopetas o simples ballestas y esperaban a pie firme mirando a lo alto.

Los artilleros desengancharon las ametralladoras de 20 milímetros y las emplazaron apresuradamente en medio del camino.

De poco iban a servir en esta ocasión. La bruma formaba un techo algodonoso a escasa altura y la lucha iba a ser un violento choque cuerpo a cuerpo.

Más de un centenar de «muscaris», pterodáctylus, uchimes y obitas se descolgaron pesadamente del cielo y cayeron aquí y allá con golpe sordo.

La batalla que se riñó a continuación fue confusa, violenta y terrible…

Volando entre la niebla «dragos» y «muscaris» se descubrían simultáneamente al encontrarse a pocos metros de distancia. Uchimes y obitas se apuntaban precipitadamente y disparaban; con arco y flecha, el primero; con escopeta de gran calibre y postas gruesas de plomo, el segundo.

Las flechas eran tan mortales como las balas y a veces más. Pero las escopetas tenían dos cañones, y sus postas, al salir del cañón, se dispersaban. Por lo tanto, los obitas podían hacer doble número de disparos y diez veces más probabilidades de dar en el blanco por cada una de sus enemigos.

En la primera embestida, los uchimes pasaron a través de la fuerza de «dragos» y cayeron con furia salvaje sobre la serpenteante fila de carros, cañones, hombres y animales.

Una lluvia de flechas salió de los arcos uchimes y se abatió sobre el camino tendiendo a hombres y a bestias.

En contestación y mientras los «muscaris» aleteaban furiosamente y sus jinetes volvían a montar los arcos, salió de la columna una descarga de ametralladoras, fusiles, escopetas y pistolas, la mayoría de estas últimas también de dos cañones y

grueso calibre.

En medio de una confusión tremenda, de gritos y de estruendo, se vio algunos carros rodando talud abajo, a los hombres caer con una flecha clavada en el pecho o la espalda, a las «muscaris» abatirse con agónico agitar de alas, y los uchimes precipitándose pesadamente al suelo.

Para aumentar la confusión y el ruido, dos mil pterodáctylus bajaron del caos de la bruma y, precedidos de una descarga de escopetas, se abalanzaron sobre las tres mil «muscaris» contrincantes.

Toda la ladera del monte por donde serpenteaba la carretera se veía cubierta de una nube de alas que batían el aire con estruendo. Los «dragos» chocaban con las «muscaris» en pleno vuelo. Obitas y uchimes cruzaban flechas, injurias y balas de enorme calibre.

Erle abandonó la ametralladora, impotente para aquella lucha cuerpo a cuerpo y empuñó su «metralleta», correspondiendo con ráfagas cortas y certeras a las flechas que le lanzaban los uchimes al pasar volando sobre su cabeza.

Las «muscari», después de encajar las balas en la cabeza o en el cuerpo, seguían volando por el impulso que llevaban y se precipitaban a tierra unos metros más allá. Las flechas rebotaban sobre las planchas de acero del «Breen». Erle se agachaba para eludir un dardo, volvía a surgir por el agujero de la escotilla y rociaba con una granizada de balas al enemigo que se alejaba.

Una de estas flechas, rebotando en el borde de la escotilla, le produjo una dolorosa herida en el rostro. Mister Peace, con un «Colt» 45 en cada mano, disparaba agazapado en la portezuela posterior abierta. De la delantera del tanque salían ráfagas intermitentes de ametralladora manejada por Watson.

Tras quince minutos de furiosa batalla, los uchimes se retiraron precipitadamente, dejando el campo cubierto de cadáveres y de aves muertas o heridas. La niebla estaba disipándose con rapidez.

Aunque el lugar no era de los que más gustaban a Erle para defenderse, la columna tuvo que permanecer allí hasta casi el mediodía recogiendo hombres, «muscaris» y «dragos» heridos. Las bajas causadas al enemigo se elevaban a 800 muertos y heridos. Las propias sumaban 300 entre muertos y heridos. También se recogieron unos cuarenta «muscaris» heridos, la mitad de las cuales

aproximadamente podrían curar y servir a los propios obitas.

La columna reanudó la marcha, entrando en la ciudad bombardeada y desierta, donde los heridos pudieron ser mejor atendidos. Por la tarde llovió copiosamente.

El resultado de la batalla distaba mucho de satisfacer a Erle.

—La victoria debió de ser más neta si tenemos en cuenta la superioridad de nuestras armas —murmuró—. Buena falta nos hace el capitán Whitney. Él no se hubiera dejado atrapar en ese camino con un banco de niebla por encima.

La fuerza pernoctó en la ciudad abandonada por el enemigo. Y a la mañana siguiente, como gato avisado, Erle aguardó que se disipara la niebla que se elevaba del río para ponerse en camino.

El valle se ensanchaba desembocando en una dilatada llanura cubierta de bosque. Todas las aldeas que encontraron a lo largo del río habían sido precipitadamente evacuadas por sus habitantes. El camino, a derecha e izquierda, aparecía salpicado de carros rotos, de enseres y ajuares abandonados por una muchedumbre en penoso éxodo ante las fuerzas invasoras.

Aunque habían prometido incendiar y arrasar cuanto encontraran a su paso, los terrícolas respetaron estos pueblos. En cambio, no se opusieron a que sus tropas los saquearan. Cuanto encontraban al paso les pertenecía por derecho de conquista y en las costumbres bárbaras de aquel Venus primitivo no se concebía una guerra sin saqueo, incendio y matanza.

—Hay que dejarles una válvula de escape —dijo mister Peace—. Bastante haremos si conseguimos que no pasen a cuchillo a los vencidos.

La próxima gran ciudad de la ruta se llamaba Gabha, con una población de más de diez mil habitantes.

Gabha era paso obligado del invasor y desde el primer momento se hizo evidente que las tropas imperiales, con tiempo para acudir desde todos los rincones de la nación, se proponían defenderla cerrando el acceso a la capital del imperio, situada 150 kilómetros más al sur.

Así se dejaba entender por la frecuencia con que los exploradores obitas se encontraban y libraban breves, pero sangrientos combates con la vanguardia alada del ejército uchime.

La resistencia del enemigo en retirada era más fuerte por días. Todos los puentes sobre los ríos que serpenteaban por la llanura para engrosar el principal habían sido destrozados.

—Los uchimes tratan de ganar tiempo para concentrar sus fuerzas aéreas —dijo Erle—. La próxima gran batalla será definitiva.

Una tarde, encontrándose la columna a veinte kilómetros de Gabha, las fuerzas aéreas uchime atacaron en masa. Cinco mil «muscari» se lanzaron sobre el invasor desde todos los puntos cardinales formando ondulantes bandadas.

Los obitas emplazaron rápidamente sus dieciocho cañones antiaéreos y sus treinta ametralladoras antiaéreas copiadas de un modelo del ejército norteamericano. Los «dragos» se replegaron en torno a los cañones y sus jinetes les ataron a los árboles esperando a pie firme con las armas prevenidas.

El puesto de mando de Erle estaba en el transporte «Breen», rodeado de un grupo de enlaces.

Los cañones antiaéreos abrieron fuego contra las ondulantes bandadas de «muscaris», sembrando el terror y la destrucción entre sus filas. Los guerreros uchimes, que alardeaban ser los mejores del mundo por ellos conocido, debieron perder tan ciega confianza en su supremacía aérea.

Ello fue que se les vio vacilar, perder el fogoso ímpetu de su ataque y, en muchos casos, dar media vuelta y huir. El miedo no sólo atacaba a los hombres, sino que hacía presa en el instinto de conservación de las aves.

Cuando una granada estallaba con estruendo entre sus filas las «muscaris» próximas huían desordenadamente.

Sin embargo, y como dieciocho cañones no podían estar en todas partes a la vez, el enemigo siguió acercándose hasta que entraron de lleno dentro del alcance de las ametralladoras antiaéreas.

Las treinta máquinas empezaron a crepitar a la vez, llenando el cielo con los trazos humeantes de las rastreadoras.

Hubo una hecatombe de pájaros gigantescos que se venían al suelo y de hombres que caían dando grotescas volteretas desde mil metros de altura. Pero los asaltantes insistieron, siguieron adelante, y llegaron ya sin impulso ante la boca de las escopetas, los fusiles y

las ametralladoras ligeras.

Toda la nube alada se abatió tumultuosamente sobre las fuerzas invasoras. Rodaron pesadamente las «muscaris» heridas, derribando hombres y cañones, entre el estruendo de los disparos, los gritos de agonía y los alaridos de rabia.

Pero el ariete volador había sido despojado de la mitad de su fuerza cuando todavía se encontraban en el aire y los uchimes que llegaron al cuerpo a cuerpo eran numéricamente inferiores a las tropas obitas, y también eran inferiores en medios. Sus espadas de cobre no llegaron en la mayoría de los casos hasta el pecho de los hombres parapetados tras una escopeta o un fusil.

Cuando las espadas uchimes chocaron con las espadas obitas sobrevino el desastre final. Las hojas de cobre se hicieron pedazos contra el duro acero. Los uchimes se vieron desmontados, desarmados y desamparados ante los siniestros cañones de las armas terrícolas y las agudas puntas de aquellas espadas fabulosas.

Los uchimes dejaron caer al suelo los pedazos de sus blandas espadas y quedaron inmóviles, esperando jadeantes el clásico golpe de gracia.

Con asombro de su parte no fueron rematados, como era costumbre hacer con el vencido. Bajo la amenaza de las «cañas» que lanzaban «rayos y truenos» fueron agrupados en el camino y obligados a sentarse en el suelo con las manos sobre la cabeza.

Poco después, el capitán Olaf era conducido a presencia de los terrícolas. La faz del capitán uchime aparecía lívida de rabia y vergüenza.

—¡Mátame! —gritó al verse frente a Erle—. Un capitán uchime no puede sobrevivir a su propio deshonor.

—No tengas tanta prisa en morir —le contestó Erle en lengua obita—. Yo soy ahora el dueño de tu vida y haré con ella lo que quiera. Dime: ¿qué fue de la muchacha que os llevasteis del país de los obitas?

—Duibo la tiene en su palacio. La hizo su mujer.

—¡Bribón! —rugió Erle.

Y se abalanzó sobre el capitán, siendo necesarios los esfuerzos reunidos de su tío, de Watson y de Tony Mills para apartar sus manos de la garganta del uchime.

—¿Por qué me pegas a mí? —gritó Olaf con voz entrecortada—. Yo no rapté a la muchacha. Aún más, nunca aprobé lo que hizo Duibo porque sabía que ello os enfurecería más que la matanza y el incendio. Y tampoco la Corte, ni el mismo emperador aceptaron con agrado a esa intrusa. ¡Pero Duibo está ciego por ella!

—¿Dónde está Duibo? —preguntó mister Peace—. ¿No recibió nuestro mensaje?

—Duibo está en Selkiri. Recibió vuestro mensaje. El emperador, su padre, se enteró y lo llamó a su presencia. Quería enviarme a mí para que saliera a vuestro encuentro y negociara una paz menos humillante para el imperio. Pero Duibo le dijo que no quería devolver a su mujer porque ella tampoco quería ser devuelta.

—¡Eso es mentira! —gritó Erle con las pupilas llameantes—. Mildred no puede preferir quedarse junto a esa bestia.

—El emperador hizo llamar a la mujer de Duibo y la interrogó en mi presencia. Dijo que no quería volver con vosotros, pero que debía permitírsele salir a vuestro encuentro para hablaros. Entonces, el emperador le preguntó si los extranjeros querrían aceptar otras condiciones que no fueran la entrega absoluta del imperio uchime. Ella contestó que vuestra política era irreconciliable con la forma de vida uchime y que una vez provocados por los uchimes no os detendríais hasta derrocar al emperador, libertar a los esclavos, concederles igualdad de derechos que a los nobles y derribar las fronteras que nos separan de los países vecinos. El emperador contestó que tales condiciones eran inaceptables y que si de todas formas había de sucumbir el imperio sucumbiría luchando hasta el último aliento.

—Y entonces —dijo mister Peace sarcásticamente— mandó a sus soldados a morir frente a nuestras armas de fuego. ¿Qué clase de emperador es ése que sacrifica a su pueblo defendiendo una causa que es solamente suya y de los cuatro privilegiados que se llaman nobles? ¿Preguntó a los soldados si iban a morir contentos?

Olaf no contestó.

—Voy a dejarte en libertad para que regreses a Selkiri —le dijo mister Peace—. Le dirás a tu emperador que no deseamos la guerra y estamos dispuestos a mejorar nuestras condiciones. Si Mildred Harlow desea vivir con el príncipe Duibo la dejaremos que haga su voluntad…

—¿Cómo puedes suponer que ella desee seguir al lado de ese monstruo? —gritó Erle.

—Tú cállate. Y tú atiende, Olaf. Le dirás al emperador que no se tomarán represalias contra él ni contra su hijo. Seguirá conservando su trono y se le asignará una pensión para que pueda seguir viviendo según corresponde a su dignidad. Será miembro de un Gobierno conjunto formado por todos los reyes y caudillos de las naciones vecinas, las cuales se agruparán en una sola nación llamada Estados Unidos de Venus. Uchime podrá conservar sus leyes y sus costumbres, y el emperador cuidará del orden de este país en tanto su pueblo no elija otro hombre mejor para que le gobierne. Pero Uchime sólo será una provincia de un país mucho mayor y el emperador sólo podrá hacer aquello que acuerde con los jefes de los estados vecinos, quienes estarán en las mismas condiciones que Uchime. Todo eso vas a decirle a tu emperador. Y añadirás que si no accede de buen grado, o al menos se aviene a negociar, pasaremos sobre sus ciudades, le cogeremos y le colgaremos de un palo como causante de un inútil derramamiento de sangre. ¿Has entendido? Bien. Escríbelo tú mismo en un papel para estar más seguro.

Olaf partió aquella misma noche con una pequeña escolta de sus propios guerreros llevando el mensaje para el emperador. La columna siguió avanzando el resto de la noche y al amanecer apareció acampada en la fértil vega de Gabha, a las mismas puertas de la ciudad.

Como las hostilidades proseguían, pese a todo, las fuerzas uchimes intentaron un nuevo ataque contra el invasor, apoyado esta vez por un ejército apresuradamente formado por unos cuatro mil hombres de diversa condición que atacaron por tierra.

Los cañones y las ametralladoras antiaéreas aniquilaron a las fuerzas aéreas, en tanto los morteros, una docena de cañones sin retroceso y una furiosa carga del tractor «Breen» a través de los sembrados hacían replegarse a los infantes a la desbandada.

Luego, los cañones enfilaron contra Gabha y la redujeron a escombros después de un bombardeo que duró todo el día.

A la mañana siguiente regresó Olaf con una orden de alto el fuego para las fuerzas uchimes y una invitación de puño y letra del emperador para que los «ilustres extranjeros» fueran a conferenciar

con él en Selkiri, la capital del imperio.

CAPÍTULO VI

Aunque la invitación incluía toda clase de garantías para los visitantes, Erle Raymer no se aventuró a entrar en Selkiri sin una fuerte escolta. Cuando el tractor «Breen» se puso en marcha, un millar de «dragos» volaba por encima de él batiendo sus fuertes alas.

El «Breen» recorrió en una sola jornada la etapa y se detuvo a las puertas de la ciudad imperial. Mister Williams Peace estimó que su embajada sería tanto más respetada cuanto más aseado fuera su aspecto.

Así que ordenó bañar a los pterodáctylus en el río e hizo que el mismo «Breen» fuera despojado de la sucia costra de barro acumulada durante la dura marcha a través de los enlodados caminos del país de los uchimes.

La pintura verde del «tanque» reapareció así después de un enérgico fregado. Los obitas, que ignoraban la higiene, eran enemigos del baño. Pero como para limpiar a sus «dragos» tuvieron que meterse y chapotear en el río, ellos mismos quedaron aceptablemente limpios.

Por último y después de afeitarse y acicalarse, los cuatro terrícolas se encontraron en disposición de presentarse ante quien fuera.

Aquella misma tarde el «Breen» se puso en marcha y haciendo roncar los 120 caballos de su robusto motor se encaramó por la suave pendiente que conducía a la puerta de la muralla.

Los mil «dragos» volaron sobre el vehículo y cruzaron sobre la muralla yendo a posarse con ruidoso batir de alas sobre los tejados de Selkiri.

La entrada del «Breen» en la capital del imperio revistió todo el carácter de un acontecimiento sobrenatural. Para los uchimes, el tanque era, ni más ni menos, que una bestia monstruosa de naturaleza divina o diabólica. Esto inferían del hecho indiscutible que la máquina se movía por sí misma, sin fuerza humana ni animal que la impulsara. Por lo tanto era una bestia con vida propia, de «metal viviente».

¿Se había visto jamás cosa tan espantosa? ¡Una fiera de metal vivo! ¡Y qué ojos! ¡Y qué rugidos!

Tony Mills, que conducía el tanque, hacía sonar desaforadamente el claxon en tanto la máquina rodaba fragorosamente por las empedradas calles de la ciudad.

—Esto debe ser de mucho efecto —aseguró el vagabundo mostrando sus encías desdentadas al reír.

Y lo era, sin duda alguna. La gente asomada a las puertas y ventanas se escondía apresuradamente al aproximarse el monstruo. Luego que había pasado volvían a sacar la cabeza para admirar el empedrado levantado por las cremalleras y la nube de humo pestilente que el monstruo iba soltando por el tubo de escape.

¡Salvación de Cirón! La bestia expelía humo. ¡Luego el fuego ardía en sus entrañas!

Las mujeres gemían apretando a sus hijos contra sus pechos. Los niños lloraban presos de terror. Los augures predecían la inminente destrucción del mundo. ¡Calamidad de calamidades! No en vano habían sido derrotadas las invencibles tropas del imperio.

Mientras tanto, el monstruo seguía rodando con escalofriante fragor de hierros y después de hacer trizas el empedrado de las calles y llevarse por delante una esquina, lo que originó el derrumbe de toda la casa, desembocó en la amplia plaza enlosada donde se levantaba el palacio imperial.

El palacio, una monstruosidad arquitectónica, carecía de estilo. La civilización uchime era todavía demasiado joven para poseer un estilo propio.

La escolta de «dragos» se posó en la plaza y ocupó los tejados de todos los edificios vecinos con gran ruido de alas azotando el aire. Los emperifollados uchimes de la guardia palaciega retrocedieron asustados cuando el «Breen» se detuvo ante la monumental escalinata.

La puerta blindada del tanque se abrió y mister Williams Peace y Erle Raymer echaron pie a tierra. Erle levantó los ojos con ansiedad hacia las irregulares ventanas del edificio.

Desde una de ellas, una pálida figura de mujer le hizo débiles señas con una mano. Era Mildred Harlow. El corazón de Erle se estremeció de cólera y amargura, pues del desmayado ademán de su novia el joven interpretó que se encontraba enferma.

Entraron en el palacio. La arquitectura de éste era tan sórdida por fuera como por dentro. Techos bajos con enormes vigas que parecían aplastar con su peso a los visitantes, paredes desnudas ennegrecidas por la pátina del tiempo y el humo de las antorchas, ventanucos angostos que no dejaban paso a la luz, pisos de losas resbaladizas y desiguales.

Una honda emoción dominaba a Erle Raymer en el momento de pisar el umbral del caserón. ¡Había soñado tanto tiempo en este momento!

Al otro lado esperaba el príncipe Duibo junto a un venerable anciano que vestía larga túnica amarilla. Erle apenas si se fijó en este personaje porque a la vista del aborrecido príncipe la rabia le cegó.

Sin poderlo remediar, su mano se crispó sobre la curva culata del «Colt» que pendía de su cinturón. Su tío le asió aquel brazo y se lo apretó con fuerza mientras murmuraba en inglés:

—Calma, Erle… calma.

El hombre de la túnica amarilla saludó con una inclinación de cabeza y empezó a hablar. Erle no prestó atención a lo que decía. Miraba fijamente, ominosamente al príncipe Duibo, el cual le miraba a su vez, sin rencor, aunque con firmeza.

Sólo cuando el nombre de Mildred Harlow surgió en el diálogo volvió Erle su atención hacia el anciano de la túnica amarilla. El joven comprendió entonces que aquél era el Emperador de Uchime, pues decía:

—Es lamentable que la fogosa juventud de mi hijo Duibo nos haya conducido a esta desgraciada situación. Desgraciadamente el daño era irreparable cuando Duibo trajo a la muchacha. Mildred se consideraba deshonrada según las reglas morales de su pueblo y no quiso volver al país de los obitas. Todo lo que pude hacer para atenuar su desgracia fue consentir a que Duibo la tomara

legalmente por esposa, a pesar de ser esto contrario a nuestras costumbres.

—Quiero ver a Mildred… enseguida —dijo Erle con rabia sintiendo su alma llena de amargura.

—Ella te espera —dijo Duibo desplegando los labios por primera vez. E hizo una seña a uno de los hombres que esperaban silenciosamente tras el Emperador.

El cortesano invitó con un ademán a Erle y éste le siguió, no sin antes dejar caer sobre Duibo una mirada encendida de concentrado odio.

Una retorcida escalera sin pasamanos condujo a Erle a un lóbrego corredor en donde humeaban antorchas metidas en argollas en las paredes. El uchime se detuvo ante una pesada puerta, la señaló a Erle y se alejó.

Erle empujó la puerta y entró. En el fondo de la sórdida habitación, ocupando una profunda poltrona junto a la ventana, estaba Mildred Harlow.

—¡Mildred! —exclamó Erle con voz ronca corriendo hacia ella con las manos extendidas.

Mildred sonrió. Sus doradas pupilas brillaron de sincera alegría. Alargó sus manos sin abandonar la poltrona.

—¡Mildred, querida! —exclamó Erle cogiéndole las manos y tirando de ella para ponerla en pie.

Pero Mildred se resistió y, ya de pie, rechazó a Erle que intentaba abrazarla.

—Por favor, Erle… no, no me beses… Yo… todo es diferente ahora —murmuró la joven con las pálidas mejillas encendidas de rubor.

Erle la miró sorprendido de la profundidad de sus ojeras y su deforme silueta. Mildred rehuyó el encuentro con aquellos ojos interrogantes y se dejó caer pesadamente en el sillón.

—Sí, voy a tener un hijo —murmuró.

Erle parpadeó y dijo:

—Esperaba algo así, aunque no… —Se interrumpió, aclaró la voz con un carraspeo y agregó—. Bien; eso no cambia las cosas. No es culpa tuya si vas a tener un hijo de Duibo. Tú sigues queriéndome, ¿no es cierto?

Ella eludió encontrarse con su mirada y sacudió la cabeza.

—No, Erle. No es lo mismo. Las circunstancias han cambiado y…

—¿Qué importan las circunstancias? —gritó Erle—. Mis sentimientos no han cambiado. Yo te amo, Mildred. He venido por ti para llevarte conmigo. ¿Qué ocurre? No puedo creer que no quieras salir de esta inmunda ratonera.

—No quiero salir, Erle —contestó ella, y lo dijo con firmeza—. No vivo en esta casa, sino en otra nueva y más bonita que mi suegro hizo construir a mi gusto junto al río.

—Aun así… ¡Oh, Mildred! ¿Qué te pasa? Te encuentro distinta. Tú no puedes amar a Duibo.

—Es mi marido.

—Un marido que te fue impuesto a la fuerza, por unas leyes y una religión que no son las tuyas. Ese matrimonio no es legal.

—Lo es ante Dios, pues éste lo ha bendecido con un hijo.

—Mildred —exclamó Erle con acento desesperado—. Todo esto es absurdo. Ni siquiera el hijo que vas a tener te liga a ese canalla, pues es la consecuencia de un vil y criminal atropello. Yo estoy dispuesto a aceptarlo como un hijo propio. Le daré mi nombre y…

Ella le atajó con un breve ademán.

—No sigas, Erle. Siento causarte este desengaño, pero en verdad amo a mi marido.

—Eso no es cierto… no puede serlo. ¡Tú, una mujer del siglo XX nacida en Nueva York, profesora en matemáticas, en física y en química, queriendo a un príncipe bárbaro que ignora la tabla de multiplicar, las más elementales reglas de higiene y los principios de moralidad, religión y civismo! No puedo creerlo, Mildred. ¡No te creeré aunque me lo jures!

—Te asombraría conocer las cosas que Duibo ha aprendido en estos meses. Es inteligente y se desvive por aprender. Además, no es un bárbaro. Él me quiere, me ama de verdad. —Las doradas pupilas de Mildred relampaguearon—. Él ha hecho con su devoción que yo olvidara las circunstancias en que me convertí en su esposa. He sufrido mucho, es cierto. Primero le odiaba, pero luego…

—Mildred, ¿cómo es posible? —exclamó Erle sintiéndose chasqueado en lo más profundo de su corazón—. ¿Cómo puedes

amar a ese hombre? ¡Tú me querías a mí!

Ella le miró con lástima.

—Sí, te quería —murmuró—. Me hubiera casado contigo y me habría considerado una mujer tan feliz como otra cualquiera. Quizás si tú hubieras corrido en mi ayuda…

—¡Ah, es eso! —exclamó Erle decepcionado—. ¿Esperabas que yo abandonara todo para correr en persecución de ti y de tu romántico príncipe?

—Confieso que lo esperaba, Erle. Fue un duro golpe para nuestro cariño ver que transcurrían los meses y no acudías a librarme de la que entonces consideraba insoportable cautividad.

—¿Pero sabes tú en qué situación quedamos allá en nueva América luego que tu príncipe pegó fuego a nuestros talleres y graneros, destruyendo la mayor parte de nuestro armamento y asesinando al capitán Whitney? —protestó Erle furioso—. ¿Sabes que para emprender entonces la expedición que al fin hemos realizado hubiera tenido que llevarme las pocas armas que quedaban, dejando a sesenta mil indígenas indefensos frente a los hombres-insecto que no tardarían en llegar? ¿Querías que desamparara a aquellos desgraciados… que abandonara el fruto de tantos meses de sacrificio y trabajo para venir a rescatarte del poder de un malvado seductor como en los cuentos de princesas y dragones? ¡Di! ¿Era eso lo que esperabas?

Mildred Harlow miró por la ventana abierta.

—No sabía que la colonia hubiera quedado en tan precaria situación —murmuró—. Esperaba que nos dieras alcance en el avión antes que Duibo pudiera internarse en las montañas…

—El «hidroavión» fue lo primero que destruyeron los hombres de Duibo.

—Sí, lo supe más tarde. Y entonces esperé inútilmente que llegaras por mar en nuestro barco. ¿También fue destruido?

—No, el barco pudo salvarse. Hagerman, McAllister y McDermit quisieron ponerse en camino hacia Uchime para rescatarte, coger unas cuantas «muscari» y utilizarlas para buscar la astronave. Eso fue antes que llegaran los hombres-insecto. Hernández y Ramírez se empeñaron en acompañarles, y como además se llevaron algunos cañones y ametralladoras y Mills también quería irse si yo me marchaba… ¡compréndelo, Mildred! No podía embarcarme dejando

solo a tío Willie sin apenas armas para hacer frente a los insectos.

Mildred Harlow suspiró.

—Lo comprendo, Erle. Ahora comprendo que no podías acudir en mi auxilio. Pero entonces no lo sabía. Pensé con amargura que nuestras relaciones habían sido más bien dictadas por la conveniencia que por atracción personal, al menos en lo que a ti se refería.

—¡Mildred, no debes decir eso! —protestó Erle—. Es posible que en el tiempo que hemos estado juntos no me haya mostrado todo lo cariñoso que requería nuestro compromiso, pero ello fue debido a que estaba demasiado atareado y siempre me faltaba tiempo para dedicarlo a ti. ¡Pero yo te quería, Mildred! Te quiero también ahora.

—Lo siento, Erle —murmuró la joven—. Lo siento mucho.

—¡Lo sientes! —exclamó Erle con sarcasmo—. ¿Es todo cuanto te se ocurre decir?

—Es lo que mejor expresa mi sentimiento, Erle. Lamento todo lo ocurrido, pero ya nada se puede cambiar.

—Querrás decir que no deseas que cambie.

—¡Oh, Erle! ¿Vamos a reñir? —exclamó Mildred.

Erle depuso su actitud agresiva, movió la cabeza y dijo:

—No. No deseo que nos peleemos. Sólo trato de hacerte comprender que todavía es posible rehacer nuestras vidas. Ven conmigo, Mildred. Vamos a salir en busca de la astronave… la encontraremos sin duda alguna. Y entonces, Mildred, ¡otra vez de regreso a la Tierra! —Erle hablaba con acento apasionado, persuasivo—. Piensa en lo que eso significa. ¿No sientes nostalgia de nuestro mundo, de la patria… de nuestras ciudades? Nos casaremos en Nueva York, como habíamos soñado. Un hijo de otro hombre no es obstáculo para que una mujer tenga más hijos de otro matrimonio. Muchas viudas y divorciadas se casan otra vez y son felices. ¡Mildred, tú no amas al príncipe Duibo!

—Es posible que aún no le ame como se merece —contestó la joven—. Pero espero conseguirlo pronto. No deseo volver a la Tierra, Erle. Mi labor está aquí, entre estas pobres e ignorantes gentes. Yo puedo hacerles felices educándoles, enseñándoles a cultivar mejor la tierra, enseñándoles a fabricar el hierro y el acero,

a construir mejores casas, mejores herramientas… A elevar su nivel de vida, en fin, ahorrándoles mucho tiempo de ensayos y fracasos para que todo hombre pueda comer su pan y descansar bajo un techo sólido. Sería injusto, imperdonable, que por hacerte feliz a ti renunciara a hacer la felicidad de centenares de miles de seres humanos.

Erle abrió la boca para protestar pero ella le atajó con un ademán y continuó diciendo:

—Además, las cosas ya no serían iguales entre tú y yo. La presencia del hijo de Duibo avivaría constantemente el recuerdo de un episodio que quisieras olvidar. Y a mí me remordería continuamente la conciencia de haber privado a mi hijo del cariño de su verdadero padre. Quizás este hijo mío no fuera tan inteligente como los que tuviera de mi nuevo matrimonio. Quizás los misteriosos atavismos de su raza se reflejaran en el temperamento del muchacho haciéndole completamente distinto de sus hermanos. Y ni ellos ni tú podríais quererle ni comprenderle… ¡Oh, no, Erle! Mi puesto está aquí, lo sé. Y si hoy flaqueara cediendo a tus ruegos y a la llamada de mi mundo, de mi patria y mi raza cometería un pecado y una equivocación de la que tendría que lamentarme durante el resto de mi vida. Es… como una llamada, Erle. Algo parecido a lo que debe sentir la mujer que profesa como monja o el misionero que abandonando patria, padres y amigos se adentra en los territorios inexplorados para evangelizar salvajes y caníbales.

—Entonces… ¿es inútil cuanto te diga? —preguntó Erle desalentado.

Ella dijo que sí con la cabeza y sonrió.

—Ánimo, Erle. Encontrarás de sobra mujeres más bonitas que yo, capaces de quererte como tú mereces.

—Nunca podré querer a ninguna otra como te amo a ti, Mildred —aseguró él con acento amargo.

—No digas eso. Una gran labor colonizadora te aguarda en este mundo. Tus múltiples preocupaciones y trabajos harán que me olvides. Y luego, ¿quién sabe? Apenas si hemos explorado un agujero de este extraño mundo. Quizás en los antípodas exista ignorada por todos una civilización espléndida, y en ella alguna bellísima y auténtica reina que te ayude a gobernar con mano hábil y certero juicio este vasto imperio que tu tío quiere dejarte en

herencia… ¿Eh, Erle?

Erle comprendió que ella intentaba suavizar la contundencia del golpe que acababa de asestarle en el corazón e iluminó su rostro con una pálida sonrisa.

—Puedes ahorrarte el trabajo de endulzar mi derrota, Mildred. También sé perder.

—Lo sé —dijo ella con suave ironía—. Tú eres muy deportivo en todas tus cosas. Bien, olvidémoslo todo. ¿Quedamos amigos?

Erle estrechó con desgana la mano que ella le ofrecía. Mildred se agarró a su mano y se incorporó diciendo.

—Vamos. Quiero saludar a tío Willie.

Minutos más tarde Mildred y Erle entraban en el sombrío salón donde, ocupando sendas e incómodas poltronas, conversaban mister Peace y el Emperador.

Duibo estaba de pie apoyado en el alto respaldo de la poltrona de su padre. Al entrar los antiguos novios, Duibo dejó caer una mirada de ansiedad sobre los rostros de Mildred Harlow y Erle Raymer.

«Tú te la llevas, perro sarnoso», estuvo a punto de decirle Erle.

Pero aunque no lo dijo, Duibo debió leer la derrota en la estirada cara de su rival, porque corrió hacia Mildred y le cogió una mano estrechándosela con fuerza. Ella le correspondió con una serena y luminosa mirada que debió hacer latir de gozo el corazón del enamorado príncipe.

Acto seguido Mildred corrió a estrechar la mano de mister Williams Peace, el cual sonreía visiblemente emocionado.

—¿Y Ruth? ¿Y la señora Aronson?

—Espero que se encuentre bien. Ruth, la pobre, perdió a su marido…

—Sí, Erle me lo acaba de decir.

—Los otros, excepto Watson y Tony Mills que están ahí afuera, salieron en el barco el año pasado con intención de venir a Uchime. No hemos vuelto a saber de ellos y, lo que es más extraño, tampoco vinieron aquí, ya que de otro modo hubiera llegado a noticias del Emperador.

—Seguramente naufragarían —dijo el príncipe Duibo—. Los océanos de este mundo están constantemente agitados por fuertes

huracanes. Ésta es la razón por la cual se ha desarrollado tan poco nuestra marina.

La conversación se generalizó entonces en lengua nativa acerca de las posibilidades de alcanzar el extenso continente tropical, país de leyenda al que los uchimes conocían con el nombre de Kotimak.

El Emperador hizo traer un viejo mapa perteneciente a sus tatarabuelos donde, de forma grosera y un tanto confusa, se dibujaban las costas de Uchime, del país de los obitas y una cadena de pequeñas islas desperdigadas sobre un océano inmenso hasta las lejanas y misteriosas costas de Kotimak.

—Hubo un tiempo en que mis antepasados se preocuparon de Kotimak y de los hombres-araña devoradores de hombres —dijo el Emperador—. En aquellos tiempos nuestro Imperio comprendía también las posesiones del país de los obitas, el cual territorio era periódicamente asolado por las bandas de hombres-insecto que llegaban en verano procedentes del norte. El padre de uno de mis tatarabuelos hizo una expedición hasta las costas de Kotimak con la idea de combatir a los hombres-araña en su propio territorio. Cuenta la leyenda que el calor era tan intenso en Kotimak que de la tierra salía humo, y llamas y piedra líquida de las cimas de muchas montañas. Tan duras eran las condiciones de vida para soldados y «muscaris» en aquel país que mi antepasado regresó apresuradamente sin haber podido combatir a sus enemigos.

—¿Fue esta la ruta que siguió? —preguntó mister Peace señalando la línea de islas que salpicaba la inmensidad del océano.

—Éste fue el mapa que nos dejó de la ruta seguida por su ejército.

Erle examinó el mapa con interés.

—Es lógico que haya puntos de escala durante la travesía —aseguró—. Calculando la distancia por nuestro meridiano terrestre debe haber unos seis mil kilómetros de aquí a Kotimak. Ni las «muscaris» utilizadas por los antepasados del Emperador ni los saltamontes que montan los hombres-insecto pueden volar una distancia tan enorme sin hacer escala en algún punto.

—Sí —aprobó mister Peace—. Esas islas deben de existir por fuerza. Los insectos las utilizan todavía para hacer descansos tanto en el viaje de ida como en el de vuelta.

—Entonces no hay ninguna razón para que nosotros no

podamos utilizarlas también —murmuró Erle—. Lo que hace un saltamontes también puede hacerlo una «muscari».

—Mi padre y yo —dijo Duibo— nos ofrecemos muy gustosos a facilitaros hasta un millar de «muscaris» para que podáis volar hasta Kotimak y buscar vuestra astronave.

—Desde luego, las aceptamos —contestó el archimillonario Y volviéndose hacia el anciano Emperador preguntó—: Y ahora, Alteza. ¿Quieres que sigamos discutiendo las condiciones de nuestro armisticio?

* * *

Las discusiones duraron una semana y gracias a la mediación de Mildred Harlow, la cual ejercía enorme influencia sobre el príncipe Duibo, no fue difícil llegar a un acuerdo satisfactorio para todos.

Puesto que el Emperador era hombre de avanzada edad y el potencial industrial y económico aportado por el sistema terrícola todavía tardaría algunos años en dejar sentir su influencia, en nada perjudicaba los planes de mister Peace que el viejo muriera como había vivido, siendo Emperador de Uchime.

Los únicos cambios consistían en la abolición de la esclavitud, la igualdad de derechos para todos los ciudadanos y fronteras abiertas a la libre inmigración de otros pueblos menos afortunados en su geografía, como por ejemplo el pueblo obita.

Con la muerte del anciano Emperador la nación uchime pasaría automáticamente a formar parte de los Estados Unidos de Venus. El príncipe Duibo, a quien la educación recibida de su esposa estaba transformando en un hombre de ideas democráticas, afirmó tranquilamente su voluntaria renuncia al trono de Uchime.

Erle Raymer no pudo sentir jamás simpatía hacia Duibo, pero reconoció en él aptitudes para acaudillar la nueva revolución económica e industrial que en breve transformaría aquel mundo imponente nuevas normas de vida a una humanidad que todavía no estaba preparada para recibirlas.

—Le nombraremos gobernador por el estado de Uchime —dijo mister Peace—. Los venusinos acogerán sin recelos nuestra civilización si es un político de su propia raza quien la predica en su propia lengua.

Al firmarse el acuerdo el grueso del ejército obita acampado ante Gabha recibió permiso para seguir adelante llegando a Selkiri cuatro días más tarde. Mientras tanto, Erle había conseguido comunicar por radio con Nueva América, donde Ruth Whitney y la señora Aronson acababan de «sacudirle una soberana paliza» a los hombres-insecto, según palabras textuales de la rolliza y dinámica señora Aronson.

Erle contó todo lo ocurrido a las dos mujeres y añadió:

—Ahora nos estamos preparando para emprender una expedición en toda la regla al continente ecuatorial. Tenemos un millar de «muscaris» para explorar la selva en busca de la astronave y un mapa apolillado de la ruta que debemos seguir. Atención… Mildred Harlow quiere hablar con ustedes.

Cuatro semanas más tarde Erle Raymer, mister Williams Peace, Watson y Tony Mills se despedían de Mildred Harlow.

—Pasará algún tiempo antes que volvamos a vernos —dijo el archimillonario—. Espero que para entonces habrá hecho usted cambiar la fisonomía de esta ciudad.

Erle estrechó la mano de su antigua novia.

—¿Seguro que no quieres que nos detengamos en Selkiri un momento cuando pasemos por aquí en nuestra astronave de vuelta hacia la Tierra? —le preguntó.

Ella sacudió la cabeza, negando. Pero sus bellos ojos estaban llenos de lágrimas cuando, de pie ante la puerta del vetusto palacio, saludó con la mano a la nube de multicolores «muscaris» que se remontaban en el espacio batiendo ruidosamente dos millares de fuertes y gigantescas alas.

CAPÍTULO VII

Con una última escala en Conamay, isla de alguna extensión perteneciente al imperio uchime, la expedición se adentró en la inmensidad del océano en busca de la primera de aquellas islas escalonadas que formaban a modo de un camino natural desde el continente austral al tenebroso país de los insectos gigantes.

Un millar de «archoeópteryx», aquellas aves gigantescas a las que los uchimes llaman «muscari» y que también existieron en la Era Secundaria de la Tierra, formaban la expedición. De este millar sólo ochocientas iban montadas por guerreros obitas. El resto se utilizaba para transportar municiones, provisiones y equipo y, eventualmente, para ser utilizadas en el caso nada improbable de registrarse bajas entre el pequeño ejército alado.

Volaban las «muscaris» formando una línea ondulante, que abarcaba unos ocho kilómetros de extensión y marchaban a las órdenes de los cuatro terrícolas, cada uno de ellos equipado con una emisora de radio portátil en previsión a un posible extravío entre las nubes bajas y las lluvias tan frecuentes en aquel planeta y más aun a medida que progresaban hacia el norte en busca de la línea del ecuador.

Serias dudas afligían a los terrícolas en el momento de abandonar la última tierra conocida y adentrarse sobre el desolado mar. ¿Estarían las islas indicadas en el mapa donde deberían estar?

Los antepasados de Duibo que confeccionaron aquel tosco mapa carecían de brújula y de medios para calcular las distancias. Una desviación de pocos grados al comienzo de la etapa podía traducirse en un error de centenares de kilómetros al final de la jornada. Y entonces, ¿dónde se posarían las «muscaris» para

recobrarse de su fatiga?

Mister Peace creía que las islas debían ser más numerosas que las consignadas en el mapa, ya que, de lo contrario y estando en el mapa separadas por grandes distancias, no se concebía que los antiguos uchimes pudieran llegar a Kotimak sin una feliz casualidad repetida a diario a través de seis mil kilómetros de océano.

Tal casualidad, como los terrícolas pudieron comprobar con alivio, no existió en el viaje de los uchimes. Las islas eran muy numerosas. Lo que hizo el antepasado de Duibo fue consignar en el mapa únicamente aquéllas donde él y su ejército alado hicieron escala. Las demás las ignoró o las desdeñó, lógica por demás primitiva que le ahorró trabajo y sumió en la confusión a los que intentarían repetir su hazaña dos o tres siglos después.

Por la tarde, después de haber volado diez horas seguidas desde Conamay, la expedición divisó un par de pequeñas islas cubiertas de exuberante vegetación. En el horizonte, hacia el oeste, se divisaba entre la bruma otra isla aún mayor.

La isla donde aterrizaron las «muscaris» estaba completamente desierta en lo que a seres humanos se refería. En cambio, abundaban en ella las aves, las tortugas gigantes y los grandes «ictiosauros», que también vivieron en la época secundaria terrícola.

Allí, también, encontraron media docena de cadáveres de hombres-insecto y un par de gigantescos saltamontes, todos los cuales presentaban heridas de bala y, algunos, flechas clavadas en el cuerpo que los obitas reconocieron sin dificultad como propias.

—No llevan muchos días aquí —dijo mister Peace después de examinar los cadáveres—. Esto indica que estamos en el buen camino. Los insectos debieron llegar a esta isla después de atacar nuestra ciudad y murieron a causa de las heridas recibidas en el combate.

Aunque estaban ansiosos por llegar a Kotimak y dedicarse a la búsqueda de la astronave, los terrícolas decidieron ser prudentes. Así, cuando al día siguiente encontraron unos islotes después de volar trescientos kilómetros, se detuvieron hasta el día siguiente en él, a pesar de ser mediodía y quedarles toda la tarde para volar otros doscientos o trescientos kilómetros hasta la próxima isla.

Pero la isla más próxima que encontraron al día siguiente estaba a unos seiscientos kilómetros de distancia. Por lo tanto, si hubieran desdeñado los islotes del día anterior y hubieran seguido volando, la impenetrable oscuridad de la noche venusina les hubiera envuelto antes de alcanzar aquella isla situada a seiscientos kilómetros y no la hubieran podido encontrar antes del amanecer, cuando hasta la «muscari» más resistente ya habría caído al mar rendida de fatiga.

Para evitar los tifones y tormentas, tan característicos de aquellas latitudes y de todo Venus en general, los expedicionarios se dejaban guiar del infalible instinto de las «muscari». Si éstas se mostraban remisas a emprender el vuelo, o daban media vuelta o se dejaban caer en el islote más próximo, era señal evidente de que las condiciones meteorológicas no eran apropiadas para volar aquel día.

Y en tal caso, los terrícolas tascaban su impaciencia y aguardaban hasta que los acontecimientos demostraban lo certero de las apreciaciones de las aves.

De vez en cuando, en las islas que iban visitando, los expedicionarios se tropezaban con algún que otro hombre-insecto, abandonado allí por la muerte del gigantesco saltamontes que le sirvió de montura, por habérsele escapado o sólo Dios sabía por qué otra causa. Frecuentemente estos horripilantes monstruos se acercaron al campamento con ánimo de sorprender alguna víctima.

Pero aunque dos o tres veces consiguieron su propósito, lo más corriente era que el insecto fuera sorprendido a su vez por un escopetazo a bocajarro.

Los campamentos, por lo tanto, tuvieron que ser estrechamente vigilados. Y no sólo para protegerse contra los hombres-insecto, sino también contra los gigantescos «ictiosauros» y otras alimañas aún más peligrosas. Entre éstas se contaba una especie de monstruoso escorpión del tamaño de un caballo, el cual iba armado en el extremo de su cola de un aguijón tan fuerte como un puñal y que si no mataba a su víctima al clavárselo, lo mataba fulminantemente con el veneno que destilaba.

Estos insectos, como ciertas salamandras de la corpulencia de un cocodrilo, pero que eran muy tímidas y proporcionaban una carne exquisita, eran propias de la zona tropical hacia la cual se

dirigía la expedición, y su presencia en las islas una prueba irrefutable de que estaban acercándose a Kotimak.

También la flora iba cambiando a medida que la expedición avanzaba hacia el ecuador. La zona tórrida de Venus vivía en plena era primaria o del «carbón fósil», en contraste con los casquetes polares donde los animales y las plantas correspondían a la era secundaria o mesozoica.

La temperatura aumentaba y con ella las tormentas y las lluvias torrenciales. La expedición se acercaba a aquel siniestro continente donde los venusinos creían localizar el infierno de su sencilla y primitiva religión.

Un día, después de cuatro semanas de peregrinar de isla en isla, los expedicionarios divisaron los primeros hombres-insecto cabalgando en sus monstruosos y veloces saltamontes. Formaban una pequeña patrulla de unos treinta o cuarenta y lucían aquellos casquetes de refulgente oro, como los que solían llegar hasta el país de los obitas en anual y asoladora inmigración.

Los hombres-insecto se acercaron para examinar mejor a los intrusos, aunque manteniéndose a una distancia prudencial. Erle hizo una seña a Zurk, que era entre todos los oficiales obitas aquél que más confianza le inspiraba.

Zurk entendió la seña e hizo otra a sus hombres para que le siguieran. Toda la centuria se separó de la formación lanzándose como un rayo en persecución del enemigo.

Sólo Dios sabía los siglos que aquellos indígenas habían estado acariciando el sueño de poder vapulear a los hombres-araña. Por primera vez los obitas tenían monturas superiores a las del enemigo…

Hubo una emocionante carrera entre saltamontes y «muscaris». Los obitas, que ya habían ganado justa fama de buenos fusileros durante la campaña contra el imperio uchime, abrieron fuego contra las espaldas de sus aborrecidos enemigos derribándolos uno tras otro hasta no dejar ni uno.

La expedición acampó aquella noche en una isla de grandes dimensiones, en la cual se veían muchos volcanes en actividad. Éste era, sin duda, aquel «infierno» donde hasta las montañas vomitaban fuego y roca en estado fluido, el Kotimak descrito por el tatarabuelo del actual emperador de Uchime.

—El antepasado de Duibo no debió de pasar por aquí —dijo Erle—. Pero esto no es el continente.

—Es cierto —contestó mister Peace—. En el continente donde nosotros aterrizamos la primera vez, los hombres-insecto no montaban en saltamontes ni llevaban cascos de oro. Al menos no los llevaban los que nos atacaron a nosotros. Pero el continente no puede estar lejos de este archipiélago. Quizás lo alcancemos mañana.

A la mañana siguiente, después de una noche intranquila en la que apenas se durmió por temor a un ataque de los hombres-insecto, la banda se puso en marcha cruzando un brazo de mar de unos cien kilómetros de anchura, para volar dos horas más tarde sobre un inmenso territorio cubierto de oscura e impenetrable selva.

—¡Hemos llegado, muchachos! —gritó mister Peace a su sobrino—. ¡Esto debe ser el continente!

Era el continente, sí. Erle ya no pudo dudarlo después de volar otros quinientos kilómetros tierra adentro y detenerse, próximo ya el anochecer, en lo alto de una montaña que formaba parte de una cordillera que se extendía de este a oeste.

El aire, a dos mil metros sobre el nivel de la selva, era más puro y más fresco que allá abajo. Los obitas desmontaron, descargaron el heterogéneo equipo y se dispusieron a establecer un campamento más duradero que todos los anteriores.

—Bien, bien —exclamó mister Peace estirando sus músculos, envarados por las largas horas de permanencia sobre la silla de montar—. Ya estamos donde queríamos y no ciertamente con mayores dificultades que las que calculábamos. La tarea es ahora cuestión de tiempo y de suerte.

—Sobre todo de mucha suerte —dijo Tony Mills, contemplando la selva inmensa que se divisaba desde aquella altura—. Nuestra astronave es aquí menos que una aguja en un pajar.

—No hay por qué sentirse pesimistas, muchachos —rió el filántropo—. Incluso una aguja puede encontrarse entre la paja si se procede con calma y con método. Desde este campamento nuestras «muscaris» pueden volar hasta trescientos kilómetros en cualquier dirección explorando la selva, dar media vuelta corriéndose a un lado y explorar una faja de otros trescientos

kilómetros en su viaje de vuelta. Cuando hayamos espulgado todo el territorio comprendido en un círculo de trescientos kilómetros de radio, que son seiscientos de diámetro y unos mil ochocientos de perímetro, trasladaremos el campamento seiscientos kilómetros al este o al oeste para proseguir las pesquisas en otro territorio de las mismas dimensiones.

—Supongamos que nuestros indígenas pasan cerca del cohete y no lo ven —apuntó el vagabundo—. ¿Qué pasa entonces? ¿Nos cargamos todo el continente y volvemos a empezar por el principio?

—No es posible pasar cerca de nuestra astronave sin verla —dijo Erle—. Los árboles más altos de la selva miden cincuenta, sesenta metros de altura a lo sumo. Nuestro cohete tiene un centenar de metros de la base a la punta de la proa. A menos que el viento lo haya derribado, lo cual no parece probable por su peso, el cohete debe sobresalir cuarenta o cincuenta metros sobre el nivel de las copas de los árboles más altos. Cincuenta metros vienen a ser como la altura de una casa de dieciocho o veinte pisos. Hasta un ciego vería una casa de esa altura en una llanura verde oscuro, cual es la que forman las copas de los árboles de la jungla.

—Sobre todo —añadió mister Peace— tratándose de una torre de acero inoxidable como nuestro cohete. La humedad y la lluvia no pueden haber empañado el brillo de su casco.

—Menos mal que no se les ocurrió a ustedes construirlo pequeñito y de hojalata, porque si no, ¡a buena hora lo encontramos ni con lupa!

Aquella fue una de las noches más emocionantes vividas por Erle Raymer en el planeta Venus. Le parecía mentira encontrarse por fin aquí quizás a sólo unos kilómetros de aquella fabulosa astronave que durante dos años ocupó la mente y el corazón de todos cuantos ansiaban recobrarla y regresar con ella a la Tierra.

La Tierra. ¡Cuán lejano y remoto le parecía aquel planeta! Y sin embargo, ¡qué cerca para aquel fantástico cohete, capaz de recorrer cuarenta millones de kilómetros en… dos días!

Los mismos emocionantes pensamientos debían tener en vela a su tío, a Tony Mills y a Watson, pues tampoco ellos pegaron ojo en toda la noche.

La pálida luz del alba los sorprendió reunidos en el centro del

campamento. Poco después, los obitas se levantaron empezando a ensillar sus «muscaris». Erle reunió a los ochocientos indígenas en un círculo mientras desayunaban y les dio instrucciones acerca de lo que debían buscar:

«Una torre de metal blanco brillante rematada en punta que tenía la altura de veinticinco o treinta hombres.»

—Explorar la selva bien y sin prisas, hasta tener la seguridad que nada ha escapado a vuestra mirada —terminó diciendo Erle. Y luego gritó con voz emocionada—: ¡A las sillas!

Los obitas cogieron sus armas y sus raciones de boca para la jornada, saltaron a las sillas de las «muscaris» y se elevaron tomando direcciones distintas.

—Que Dios les guíe por el buen camino —murmuró mister Peace.

Los cuatro terrícolas permanecieron todo el día en el campamento con la veintena de indígenas que se habían quedado con ellos. La jornada se les hizo tan enojosamente larga que todos decidieron participar personalmente de las pesquisas que se realizaran en días sucesivos.

Los obitas empezaron a regresar a la caída de la tarde. Ochocientos hombres hambrientos y fatigados… con ochocientas respuestas negativas.

—No hay que desanimarse… No hay que desanimarse —repetía mister Williams Peace.

A la mañana siguiente, los terrícolas se prepararon para tomar parte en la exploración. Erle lo hizo con movimientos nerviosos e impacientes. Como su tío, creía que si él no tomaba personalmente parte en la búsqueda, los indígenas no encontrarían jamás la astronave.

—Tengo el presentimiento que la encontraremos hoy… y que seré yo precisamente quien la encuentre —confió a Tony Mills mientras desayunaban.

—Es curioso —contestó Mills haciendo una mueca—. Watson acaba de decirme lo mismo… y yo tengo también el presentimiento que seré el primero en echarle la vista encima a ese trasto.

Mister Peace se acercó a Erle y dijo:

—Sobrino, te apuesto cien dólares a que soy yo quien encuentra

la astronave antes del anochecer. Es un presentimiento.

Con lo que Erle desechó malhumorado la creencia de que el presentimiento era exclusivamente suyo. Sin embargo, una ansiedad febril le dominaba en el momento que su «muscari» se remontó batiendo sus fuertes alas.

Voló en dirección sudeste. Durante largo rato pudo ver a los indígenas que volaban a derecha e izquierda de él. Luego, se fueron distanciando, acabando por encontrarse solo sobre la inmensidad de la selva.

Durante cinco horas voló avizorando a derecha e izquierda, siempre con la esperanza que aquella ojeada le descubriría la ojiva maciza y brillante de la proa del cohete. Pero la tupida y muelle alfombra de la jungla, igual, monótona y uniforme, seguía deslizándose bajo las poderosas alas de su «muscari» sin ofrecerle más novedad que la de algún tranquilo curso de agua, siempre muy caudaloso.

Furioso, aunque todavía esperanzado, tiró de las riendas de su pájaro, voló media hora en diagonal y puso rumbo al lejano campamento. De nuevo sus ojos buscaron ansiosos la mole del cohete. De cuando en cuando utilizaba los prismáticos para multiplicar el alcance de su vista. Cerros, ríos, árboles y más árboles. Pero de la astronave, ¡nada!

Se preguntó cuántos días habrían de transcurrir así antes de encontrar el cohete. Cuántas esperanzas renovadas y cuántas amargas desilusiones tendría que vivir hasta dar con la astronave… si acaso daban con ella alguna vez.

A las tres de la tarde, Erle distinguió una «muscari» que volaba en su misma dirección y se iba acercando con rapidez.

«Ése se ha desviado de su ruta», se dijo Erle.

Y agitó los brazos haciéndole señas para que se alejara.

Pero el obita debió entender todo lo contrario, porque también agitó los brazos y se acercó.

—¡Vuélvete a la derecha! —le gritó Erle.

El obita también gritó algo que Erle no pudo entender un minuto más tarde las dos aves aleteaban la una junto a la otra y Erle oía estas palabras:

—¡Encontré la torre brillante! ¡La he encontrado!

«¿Dónde?», quiso preguntar Erle. Pero la voz se le atragantó.

—¿Dónde? —consiguió gritar en la segunda tentativa.

El indígena señaló con el dedo.

—¡Vuelve al campamento y díselo al jefe! —gritó Erle—. Dile que me encamino hacia la astronave.

—No podrás regresar antes que cierre la noche —le gritó el venusino—. Hay dos horas largas hasta allí.

—No importa. Pasaré la noche en el cohete y os esperaré hasta que acudáis mañana.

El obita hizo una seña de asentimiento y se alejó. Erle apuntó el pico de su «muscari» en la dirección señalada por el nativo y excitó su montura para que apresurara el acompasado batir de sus alas. El corazón le brincaba jubiloso en el pecho… ¡La había encontrado! El vuelo de regreso a la Tierra sería pronto una realidad. ¿Una realidad?

Erle se preguntó con angustia si el cohete estaría en condiciones de emprender el vuelo. Por espacio de veinticuatro meses había estado abandonado al salvajismo de los hombres-insecto. ¿Y si éstos habían dañado sus máquinas o sus delicados instrumentos de control?

Un sudor frío bañó al joven al pensar en esta posibilidad. Por espacio de dos horas fluctuó entre el pesimismo, el optimismo y la duda. Por fin…

¡Allí estaba la astronave! Una ojiva maciza y brillante sobresaliendo de los árboles que la circundaban como un proyectil de artillería sobre la alfombra tupida y muelle de la jungla.

Erle la observó desde el aire. Voló en círculos alrededor de ella explorando el calvero donde descansaba sobre sus poderosas aletas estabilizadoras. El tétrico lugar aparecía completamente desierto. Allí, a un lado, se veía aún la oxidada cruz de hierro bajo la que reposaban los restos del profesor Harlow, del profesor Aronson y de Vargas, primeras víctimas de los hombres-insecto.

La gran compuerta de carga de la astronave estaba abierta, caída hacia afuera y formando una plataforma a modo de un puente levadizo. Era grande, aunque no tanto para que la «muscari» pudiera posarse en ella batiendo sus gigantescas alas.

Erle apercibió la subametralladora por si aparecían los hombres-

insecto y obligó a su «muscari» a posarse en el calvero. Rápidamente saltó a tierra y corrió hacia la astronave. La escala de cuerda yacía en el suelo, podrida por la humedad. Pero a lo largo del casco del cohete había una serie de estribos de acero escamoteables. Erle los fue sacando según trepaba y alcanzó la plataforma. ¡Qué grato resultaba pisar aquellas planchas amigas!

Entró en la bodega. Una nube de pájaros que había hecho su hogar del cohete salió chillando y batiendo apresuradamente sus alas. Erle rio nerviosamente de su propio sobresalto y examinó la bodega.

Estaba sucia de excrementos a más no poder, pero completamente vacía. Erle se acercó al ascensor que conducía a las cámaras superiores. Los hombres-insecto lo habían destrozado para trepar por el hueco hacia las cámaras.

Como los insectos sólo rompieron el techo y la puerta de la jaula, el ascensor conservaba su piso y los tabiques restantes. Erle retiró los escombros, conectó los hilos del interruptor arrancado y subió a la plataforma. Temía que los acumuladores se hubieran agotado, pero no lo estaban del todo. El motor eléctrico zumbó y la plataforma empezó a ascender hasta la primera cabina.

La sólida puerta de tres diámetros diferentes estaba abierta. Erle entró con paso medroso, como quien pisa un sepulcro lleno de restos familiares. Los hombres-insecto habían estado allí.

Nada quedaba en su sitio. Todo aparecía espantosamente revuelto, destrozado. En la cabina inferior, la destrucción era todavía mayor. Las literas de tubo de aluminio habían sido arrancadas… grotescamente retorcidas. El piso estaba cubierto de muelles, vedijas de lana, prendas de vestir, papeles, maletas y muebles pulverizados.

El joven se trasladó a la cabina intermedia donde estuvieron el comedor y la cocina. El caos allí reinante empalidecía el estado ruinoso de la cabina inferior. Erle volvió al ascensor para realizar la visita que consideraba más penosa: la de la cámara de derrota.

Pero la puerta de aquella cámara estaba cerrada por dentro. Era sólida y hermética como la puerta de una caja fuerte. Erle volvió a la bodega, cerró a mano la pesada compuerta y bajó hasta la sala de máquinas.

Era la única parte del cohete no invadida por los hombres-

insecto y esto porque al estropear los mandos del ascensor ignoraron lo que había debajo. Erle contempló con alivio el grueso tabique de plomo tras el que reposaba la pila atómica. En la sala de máquinas había dos literas, pertenecientes en otro tiempo a McDermit y McAllister. Erle decidió pasar la noche allí.

Sabía que el cadáver de Christina Custer estaba en el mismo cohete, encerrado por dentro en la cámara de derrota desde la cual lanzó su última y desesperada llamada por radio. Y aunque no era timorato el saberlo arrebató el sueño de sus ojos.

Sabiendo que no podría dormir con aquella macabra compañía, decidió hacer algo. En el pañol de aquel mismo compartimiento encontró un soplete de oxiacetileno. Erle lo preparó, lo arrastró hasta el ascensor y subió con él hasta la cámara de derrota.

Pasó toda la noche practicando un agujero con el soplete sobre el cierre automático de la formidable compuerta. Se había hablado mucho sobre el estado probable en que encontrarían el cohete y se daba por supuesto que aquella puerta estaría cerrada por dentro. Era de esperar que tío Willie no se olvidara la dinamita que habían traído ex profeso para volar aquella puerta.

Pero tío Willie no olvidó un detalle de tanta importancia. Llegó con toda la fuerza de «muscaris» a media mañana y trepó a la astronave con pupilas húmedas de lágrimas.

Los obitas empezaron a limpiar las cámaras y la bodega y abrieron una fosa en el linde del calvero mientras los cuatro terrícolas se preparaban para volar la compuerta de la cámara de derrota.

Hacia el mediodía se escuchó una sorda, ahogada explosión. Una nube de humo acre bajó por el hueco del ascensor. Minutos después los terrícolas entraban en la cámara de derrota. Allí estaba Christina Custer caída de bruces sobre el banco del transmisor.

Estaba convertida en un esqueleto. Su mano huesuda, crispada por la contracción de la muerte, empuñaba todavía el micrófono que utilizó para lanzar su último mensaje. Los auriculares ceñían la calavera sobre unos oídos que jamás escucharían una respuesta. Junto a ella, en el suelo, se veía una pila de cajones rebosantes de oro…

Christina Custer recibió sepultura una hora más tarde. De sus compañeros de infortunio: Dening, Martindale, Glenbrook, Jonson

y Archer, no se encontraron ni los huesos, porque las alimañas de la jungla los habían devorado. En cambio, se encontraron restos de picos, de palas, de objetos y de armas oxidadas allí donde cavaron en busca del codiciado oro.

A la mañana siguiente, después de despedir a los obitas para que regresaran con las «muscari» por la misma ruta que habían seguido al venir, los astronautas entraron en la cámara de derrota y pusieron en marcha un aparato de cinta magnetofónica que empezó a dictar órdenes sonora y pausadamente:

«Maniobra de despegue. Primero, pongan en marcha la pila atómica. Reóstato 12 rojo a la posición B-B… Atención: palanca número 1 a la posición…»

El reactor atómico entró en actividad empezando a calentar el agua de la caldera. Se escuchó un apagado gemido que fue haciéndose más claro y potente por minutos. En la cabina de control, el magnetofón seguía dictando órdenes, valioso complemento de la maniobra que mister Peace y su sobrino Erle habían estudiado durante dos años, previendo el día en que tendrían que manejar la astronave con sus propias manos.

La nave bien construida y mejor proyectada, respondía a cada una de las órdenes transmitidas por centenares de hilos eléctricos desde la cámara de derrota.

Al cabo de veinte minutos la turbina estaba girando a razón de 2.000 revoluciones por minuto accionada por el vapor que generaba el calor de la pila atómica. La turbina, conectada a un generador de energía eléctrica, puso en acción uno de los dispositivos más ingeniosos creados por la inventiva del Hombre.

La astronave, creando un campo de fuerza magnético, empezó a elevarse vertical, lenta y majestuosamente, sin estrepitoso escape de gases… sin más ruido que el zumbido de su dínamo y el gemido de la turbina de vapor.

Al alcanzar los 3.000 metros de altura, allí donde comenzaba el techo de nubes que envolvía por completo al planeta Venus, la astronave se inclinó lentamente hasta quedar acostada en el aire, en posición horizontal. En aquel momento Erle Raymer apretó un botón y un servomando embragó automáticamente las seis poderosas hélices situadas en la cola del cohete.

Las hélices giraron e impulsaron la nave hacia adelante con

creciente rapidez. La maravillosa máquina ganó altura esfumándose entre el acolchado de las nubes.

A bordo de la astronave, en la cámara de derrota, mister Williams Peace vio cómo el calvero de la selva se esfumaba en la pantalla de televisión y restregó sus callosas manos con el mismo ruido que harían dos ladrillos al frotar entre sí.

—¡Magnífico, Erle! —exclamó—. Veo que has conseguido dominar esta condenada cafetera. ¿Qué rumbo llevas?

—Sur —contestó Erle conectando la pantalla de radar—. Vamos a detenernos un momento en el país de los obitas para recoger a Ruth y a la señora Aronson y luego… ¡rumbo a la Tierra!

Tony Mills rebuscó en sus bolsillos y extrajo un raro objeto liado en un papel de estaño.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó el archimillonario intrigado.

—Un habano —dijo el vagabundo poniendo el veguero entre sus encías desdentadas.

—¡Dios mío, un auténtico habano! —exclamó mister Peace—. Hace dos años que no los fumo.

—Pues aguántese un par de días más hasta que lleguemos a casa, compañero —gruñó el vagabundo frotando un fósforo en la trasera de su pantalón. Dos años llevo yo este purazo guardado en el bolsillo esperando esta ocasión. ¡Y no se lo cambio por toda su parte en el oro! Éste se lo fuma mi menda.

Y dando una profunda chupada al veguero, el vagabundo guiñó un ojo al contrito archimillonario entre una nube de espeso y aromático humo.

FIN

COLECCION

LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe. *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grudson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa. *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos. *George H White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie*
71.—Heredó un mundo *George H. White,*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White*
73.—La legión del Espacio, *George H. White*

Todo parecía ilógico, descabellado, imposible...
Sin embargo, los personajes de

BOLAS BLANCAS DE YEREBLU

no estaban soñando sus inauditas aventuras. Las vivían realmente Y tan espectaculares e inesperadas eran, que les erizaban los cabellos.

BOLAS BLANCAS DE YEREBLU

es un alarde de la imaginación de un autor genial,

C. AUBREY RICE

y si usted se deja llevar de su mano maestra, al leer esta nueva y originalísima novela se sentirá invadido por una desazón indefinible

BOLAS BLANCAS DE YEREBLU

es el título que aparecerá en el próximo número de esta Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 6 pesetas

NOTAS

[1] El «mundo» del príncipe Duibo era el imperio paterno enclavado en una región próxima al Polo Sur del planeta Venus.

[2] El año venusino consta de 224 días de la Tierra.

[3] Se sigue hablando del año venusino de 224 días terrestres.